

LA DESTRUCCIÓN DE VALPARAÍSO

ESCRITOS ANTIPATRIMONIALISTAS

PABLO ARAVENA NÚÑEZ



Este libro fue sometido al proceso de “doble par evaluador” y en base al procedimiento establecido por el Comité Editorial y el Consejo Asesor Evaluador.

DIRECCIÓN COMITÉ EDITORIAL

Felipe Moncada Mijic
Rodrigo Arroyo Castro

CONSEJO ASESOR EVALUADOR

Mario Ayala (Universidad de Buenos Aires)
Fernanda Beigel (Universidad Nacional de Cuyo)
Slobodan Pajovic (Universidad Megatrend de Belgrado)
Soledad González (Universidad Bernardo O'Higgins)
Pablo Pozzi (Universidad de Buenos Aires)
Juan Pablo Silva (Universidad Mayor)
Ana María Stiven (Universidad Diego Portales)
Ángela Vergara (California State University)
Fabián Almonacid (Universidad Austral de Chile)
Verónica Undurraga (Pontificia Universidad Católica de Chile)
Ramón Arnabat (Universitat Rovira i Virgili)
Soledad Zárata (Universidad Alberto Hurtado)
Claudia Wasserman (Universidade Federal do Río Grande do Sul)

PABLO ARAVENA NÚÑEZ

LA DESTRUCCIÓN DE VALPARAÍSO

(ESCRITOS ANTIPATRIMONIALISTAS)

EDICIONES INUBICALISTAS

Í N D I C E

PRÓLOGO <i>Sergio Rojas</i>	11
INTRODUCCIÓN	21
LA GESTIÓN DE UN PASADO SIN FUTURO	33
LA MEMORIA DEL TRABAJO	61
LA CONSTRUCCIÓN IMAGINAL DE VALPARAÍSO PATRIMONIAL	73
EL INCENDIO QUE VIMOS O LA INTERRUPCIÓN DE LA POSTAL	91
LA TENTACIÓN PATRIMONIALISTA DE LA HISTORIOGRAFÍA	99
CLAVES PARA ENTRAR AL PRESENTE DE VALPARAÍSO (POR LA HISTORIA)	123
EPÍLOGO	141
BIBLIOGRAFÍA	147

En memoria del ciudadano Pablo Andueza

“Del incendio más colosal
no queda más verdad que la ceniza”.

Juan José Saer, *El entonado*.

“Erigimos un teatro de la ópera en la Bastilla. Rehabilitación irrisoria: servirá para ofrecer al pueblo música regia. Con lo que tampoco disfrutará de ello, pues quien acudirá será la gente culta verificando la regla que dicta que los privilegiados consagren de buen grado mediante el arte y el placer los lugares donde los otros han muerto”.

Jean Baudrillard, *La ilusión del fin*.

PRÓLOGO

CONTRA LA MEMORIA EN SEPIA

Sergio Rojas

“Por ahí pasó la muerte tantas veces
la muerte que enlutó a Valparaíso
y una vez más el viento como siempre
limpió la cara de este puerto herido”.

Valparaíso, Gitano Rodríguez

Hace ya demasiado tiempo que la alegría que expresa la letra del vals “La joya del Pacífico” (Acosta y Salgado, 1941) fue desplazada por la tristeza melancólica de “Valparaíso” (Gitano Rodríguez, 1969). Sin embargo, pareciera que en el presente la tristeza ya no contiene la frustración e indignación de un cierto saber del despojo, que desplaza al pasado que atesoran las “memorias”. ¿De dónde vino la violencia?

En este libro de Pablo Aravena aborda el proceso de destrucción de la ciudad de Valparaíso que habría comenzado —esta es una de sus tesis medulares— con el Golpe de Estado de 1973. El conjunto de textos que dan cuerpo a este volumen trasciende el trabajo estrictamente historiográfico, pues reflexiona el sentido

mismo de la destrucción como clave de comprensión del itinerario de la modernización en nuestras latitudes. En efecto, una de las preguntas que cruza el libro sería la de cómo Valparaíso se transformó en algo así como la “memoria de una ciudad”. No se trata del simple olvido del pasado ni de la desaparición del lugar, sino de una memoria que invisibiliza la destrucción. De esto se sigue el subtítulo del libro: “Escritos antipatrimonialistas”. Encontramos aquí una lectura del Golpe, de la historia, del pasado y, sobre todo, del tiempo que se toman las cosas en suceder: nada deja nunca de suceder. Aquel abrupto final que fue el Golpe del 73 (un “final” cuyo sentido está aún en discusión: desenlace, interrupción, restitución, develación) es, en la lectura de Aravena, el inicio de una destrucción del tejido social de la ciudad. El proceso exhibe un itinerario que es, a la vez, económico y político, pero en el fondo, en la perspectiva que cruza los textos aquí reunidos, tiene el efecto de una desagregación completa del sentido de comunidad como forma de habitar social, una devastación de la que sólo quedan unidades atomizadas, individuos en la intemperie de una paradójica espiral de desempleo, consumo y turismo.

La gran historia de la ciudad de Valparaíso, afirma Aravena, es la del mundo popular. La maestranza, el matadero y el puerto constituyen el territorio humano de la ciudad, el tiempo de un horizonte de sentido que existió mientras no se hizo manifiesta la prepotente realidad de las “abstractas” magnitudes de la economía financiera global y la informatización de lo que hasta

algunas décadas atrás todavía no dudábamos demasiado en denominar con el término “mundo”. La destrucción de la ciudad es la destrucción del mundo popular que define el sentido del habitar.

La tesis de Aravena es que la patrimonialización es el necesario enmascaramiento de la destrucción modernizadora de la ciudad. Ya desde el siglo XIX la idea de destrucción creativa da cuenta de la violencia técnica que es inherente a la creciente aceleración de la modernidad, que desborda el patrón humanista ilustrado de la idea de progreso (una creencia que permitía comprender la historia como siendo en lo esencial un intermitente adelanto moral de la humanidad). El ideario de la modernidad se transmuta en modernización. Fue Nietzsche uno de los primeros filósofos en pensar y anunciar aquella destrucción creativa que se encuentra alojada en el corazón técnico de la modernidad, que terminará por hacer colapsar la matriz narrativa de la historia, para transformarla en un vértigo de acontecimientos que se suceden deshaciendo al presente de pasado y también, por lo tanto, de futuro. A través de Werner Sombart la idea de destrucción creativa ingresa en el pensamiento económico hasta llegar al austriaco Joseph Schumpeter, para quien dicha noción define la esencia del capitalismo, siendo propio a toda empresa la tarea de amoldarse a la destrucción para sobrevivir. Aclimatarse a la destrucción, he aquí el problema crucial de la modernización. Esto no sólo significa que todo emprendimiento económico requiere adaptarse a la destrucción, sino también, y esto es lo fundamental,

que el desarrollo económico es la vida de una ciudad (basado esencialmente en el principio del crecimiento de la producción por sobre el del equilibrio del intercambio).

Este libro expone informada y reflexivamente el proceso sociopolítico de la destrucción, hasta arribar al momento en que los problemas sociales terminan por parecer simplemente ajenos a las lógicas del mercado. Desde comienzos de los '80 la economía se abre al interés privado, lo que se confronta directamente con la existencia de organizaciones sindicales. El objetivo era transformar a los trabajadores en individuos, en el marco de una generalizada desvinculación neoliberal. La pérdida de las conquistas laborales ganadas por las organizaciones sindicales pone hoy de manifiesto, siguiendo el examen de Aravena, que “el secreto de la sociabilidad porteña y el mundo popular” era el ingreso económico (seguridad laboral y sueldos) y la forma en que este circulaba al interior de ese complejo ethos cultural. A fines de los '90 la necesidad de modernización tecnológica exigida por las lógicas “despolitizadas” del mercado global conduce hacia una creciente prescindencia del factor humano en la producción. Como señalaba anteriormente: se trata, paradójicamente, de amoldarse a la destrucción.

La ciudad se va transformando en una postal del pasado, la estética de una localidad ensimismada que no tiene para ofrecer sino la memoria editada de un presente pretérito, congelado. En la perspectiva de Aravena, esto último no constituye siquiera una débil

resistencia a la destrucción, sino, por el contrario, la consumación de este tramo de la historia en que los habitantes de Valparaíso se transformarán de trabajadores en consumidores. Esto da cuenta del proceso de patrimonialización del lugar: disponer como mercancía de consumo estético para el visitante aquello que ya no existe en la ciudad. Mercado de la memoria. Esto contribuye a explicar la puesta en valor de la inexistente identidad de una localidad volcada sobre sí misma, es decir, una subjetividad domiciliada en un paisaje que se ha clausurado estéticamente sobre sí mismo en el espacio y en el tiempo. Puede parecer extraño el hecho de que exista el mercado de un “sabor local” que no existe, que la ciudad carismática que el viajero viene a buscar sólo se encuentre en aquellos objetos, paseos y anécdotas que de modo manifiesto han sido producidas para una mirada foránea. Pero sucede que Valparaíso ofrece también la posibilidad de tomarse vacaciones del consumo de objetos de mall y servicios domésticos, entregándose a lo que Kant denomina la “contemplación desinteresada de lo bello”, donde lo que en verdad importa es la representación y no la existencia de las cosas allí representadas. Lo esencial aquí es el sentimiento de tranquila complacencia que provoca la representación, incluso si el contenido de esta es algo feo o penoso. El asunto es consumir representaciones a resguardo de la gravedad (social, política, humana) de las cosas.

Como sugerí anteriormente, en el análisis de Aravena –informado, crítico, lúcido y también político–, la destrucción de Valparaíso guarda una relación interna con el fenómeno de lo patrimonial. Aravena es

claro en su afirmación: “donde hay patrimonio, no hay memoria, ni historia, ni lugar”. Y bien podría decirse que el libro expone precisamente la tesis allí implícita: el patrimonio se hace lugar en la devastación.

Desde hace años que la destrucción hace noticia en Valparaíso, la ciudad llega a los titulares de la prensa con ocasión de las catástrofes naturales (incendios, terremotos). ¿Y el desastre social? ¿Cómo aparece la pobreza? “De pronto –señala Aravena– los pobres eran solo los pobres del pasado, cuyas únicas prácticas eran la cueca chora, la venta de tortillas, motemei, el chinchín y el organillo”. En efecto, existe en varios lugares del planeta un turismo inconfesable del despojo, como si “los pobres” fuesen algo así como los sobrevivientes autóctonos de la modernización. Es en parte la desaparición misma de la ciudad lo que hoy se ofrece al visitante: escenografía, ambientación, “memorias”. La emoción que produce el color sepia de las fotografías (la emoción de emocionarse).

La aceleración del tiempo que es propia de la modernización –y la consecuente conciencia del carácter irreversible del devenir de los acontecimientos– opera como la poderosa condición de un mercado estético del pasado. El turismo es una “máquina del tiempo” que permite viajar al pasado (¿quién querría viajar al futuro en tiempo de neoliberalismo?) desde un presente que se vive “sin alternativa”. Sabemos que la memoria de la ciudad que el turista recoge en la forma de souvenirs no coincide con la memoria de los habitantes del lugar.

Según Aravena, existiría una “memoria social” del despojo, una memoria de la destrucción. Esta es, a mi juicio, una tesis que cruza el libro al que ahora ingresamos, y es lo que le da sentido político al trabajo de sostenida investigación que se encuentra a la base de cada uno de los capítulos. Existiría un cierto “saber” acerca de que el presente de Valparaíso es algo que le hicieron a la ciudad. Aravena pregunta entonces por ese “otro” pasado que no es memoria en color sepia, sino aquello que propiamente cabe denominar historia.

INTRODUCCIÓN

“Hay una frase feroz de Fernando Enrique Cardoso, todavía como sociólogo, antes de que fuera presidente, dice: el riesgo de los países de América Latina es que si no logran asociarse a la revolución contemporánea –la llama así, pero está hablando de la globalización, los mercados, la competitividad– es que van a perder incluso interés como objeto de explotación”.

José Joaquín Brunner, en *Chile. Los héroes están fatigados*
 Marco Enríquez-Ominami, 2002.
 (Documental)

Valparaíso es hoy una ciudad devastada. Su quema y saqueo en el contexto del llamado “estallido social” no viene sino a confirmar una tendencia que se ha ido agudizando: su destrucción. El confinamiento, y la cuarentena decretada para capear la pandemia, han terminado de extremar todo, como si siempre se pudiera aún más. Es un “proceso” que comenzó en la primera mitad de los ochenta, pero cuyas condiciones de posibilidad –como la de tantos otros procesos afines en Chile– fueron instaladas con el Golpe de 1973. La tendencia se mantiene, lo que cambia son los agentes y sus móviles más inmediatos. Y esto es precisamente lo interesante –y lo trágico–, pues ¿Qué explica entonces la destrucción de Valparaíso, digamos, por sobre las diversas formas en que esta se ejecuta?, y si en verdad se trata de un proceso, ¿cuál es su naturaleza?

Valparaíso fue una ciudad particular, la forma de habitar y su entramado social hicieron posible que, a partir de la búsqueda propia, el mundo popular pudiera darse una vida. Hablamos de una época (de los cuarenta a los setenta) en que la maestranza, el matadero y el puerto demandaban ejércitos de trabajadores, pero hablamos también del trabajo en un momento de avance de los derechos de las clases, media y proletaria, en Chile. Las universidades y las instituciones del Estado no hacían poco: estudiantes, en su mayoría pobres, venían del campo o eran hijos de trabajadoras y trabajadores, eran esos pocos que lograban sostener la fábula meritocrática, y al mismo tiempo esa multitud que copaba los espacios de sociabilidad popular porteña. Como testimonio y prueba de ello todavía se pueden ver los profesionales formados en ese universo cultural: ilustrados y al mismo tiempo campechanos: médicos, trabajadoras sociales, abogados, profesores y profesoras de izquierda y a salvo del arribismo de las generaciones posteriores. La marina en aquel tiempo no era enemiga del pueblo, en sus filas había muchos hijos de madre sola que, sin poder mantenerlos, les daban el mejor destino que podían y “los entregaban a la patria” (la oficialidad siempre fue otra cosa). La calle, los almacenes, las bodegas, los emporios, los restaurantes, los bares, los cines de barrio, las fiestas y la farra lo mezclaban todo y hacían de Valparaíso un lugar en sentido antropológico, es decir, un “donde estar” con sus propias normas de residencia. Como va descrito –y ante las carencias del presente– puede sonar a idealización, a retrotopía, pero sería cosa de preguntar a los viejos y viejas del puerto por ese mundo ya sido.

Pobreza –miseria– también había, como preocupación y acciones reales por superarla y no solo enmascararla. También había trabajadores analfabetos que manejaban un gran excedente económico. Es sabido que, con lo que ganaba en un turno, un obrero estibador podía incluso subcontratar a un segundo y éste aún a un tercero (“medio pollo” y “cuarto pollo” en jerga portuaria). Ese excedente era puro gasto y goce que iba a parar directamente a la ciudad, otro tanto inyectaban en dólares los marinos mercantes extranjeros, cuando un buque debía estar mínimo seis días para descargar y cargar.

Esto, abreviadamente, era Valparaíso. Por eso luego su caída a un abismo sin fin, porque nada fue más castigado que el mundo popular desde el Golpe en adelante, en pocos años retrocedió lo que había conquistado en décadas, y Valparaíso era una ciudad tramada casi completamente por la sociabilidad popular. Con el final inducido de ese mundo se inaugura el proceso de destrucción de la ciudad. La dictadura empobreció a los trabajadores, asesinó dirigentes portuarios, abortó la industria local, sacrificó el ferrocarril, despotenció a los sindicatos, redujo el presupuesto destinado a educación, persiguió, torturó y asesinó a estudiantes universitarios, declaró toque de queda, clausuró la noche porteña y envileció a la marina. El resto lo hizo la apertura económica al mundo sin los mínimos resguardos nacionales y la introducción de las tecnologías de la logística portuaria, por las que ya casi no se requiere trabajo humano. En este sentido la destrucción de Valparaíso quizá no sea otra cosa que la expresión radical de la destrucción de

Chile, que ya es la versión radical de la destrucción de un país, de su transformación en un mero paisaje periférico de la globalización.

La patrimonialización de parte de la ciudad efectuada desde mediados de los noventa, con su retórica conservacionista, no es más que una segunda fase de la destrucción/modernización de Valparaíso. Es una afirmación fuerte y en apariencia contradictoria, pero cuando la gestión patrimonial se lleva a cabo sin un marco legal adecuado, con precario apoyo del Estado y entregada a la expectativa de inversionistas por obtener retornos inmediatos vía turismo, lo que resulta es la destrucción del lugar. En efecto los sitios patrimoniales devienen no lugares, según el ya clásico concepto de Marc Augé, es decir, espacios de tránsito en donde no logran establecerse normas de residencia, lugares en que realmente nadie habita. Sin lugar se desvanecen los lazos sociales, y la memoria social –que es un saber para la vida en común– entra en crisis. Quizá en este punto se pueda ir aclarando lo que queremos decir con “destrucción de Valparaíso” más allá de su deterioro, abandono o deliberada destrucción física: se trata de la imposibilidad de un lugar donde hacer una vida, desde luego dentro de la definición convencional (¿pequeño-burguesa?) que en nuestra cultura tiene este término. Puede que en algunos barrios y cerros, subsista aún algún lugar para hacer la vida, la pregunta es hasta cuándo si ya ni Valparaíso o sus alrededores poseen nuevas fuentes de trabajo donde “ganarse la vida”, que no sean en el reducido y elitista espacio de lo que hoy es el campo de los servicios (educación, salud, turismo, gobierno,

finanzas), o la cesantía enmascarada en los “trabajos” temporales, informales y domésticos, por los que a duras penas logra subsistir parte de la población porteña, a lo que tal vez habría que sumar el narco. Por último, se podrán reinventar barrios de fin de semana, segundas vidas en segundas viviendas, pero no hablamos de esto cuando decimos hacer una vida (una vida verdadera).

La última fase de la destrucción de Valparaíso —que no se aborda en este libro— es quizá la más difícil de entender, y no pocos riesgos se corren deslizando hipótesis o meras intuiciones acerca de lo ocurrido. En contraposición a las dos fases anteriores, en que podemos localizar sujetos clásicos de la acción (la Dictadura en un caso, la Concertación en otro), la actual fase se realiza, aparentemente, de modo inorgánico, casi podríamos decir “desde abajo”. Claramente no se trata aquí de descartar lo que le pueda caber de responsabilidad al gobierno, a las fuerzas de seguridad y a algunos grupos de interés para en su lugar cargarlo todo a un chivo expiatorio (el de siempre: los pobres), sino de asumir —para pensar— lo que ineludiblemente hemos visto acontecer: cientos de jóvenes y pobladores en las calles. Motivos, sabemos, hay de sobra para explicar el malestar social y aproximarnos de manera comprensiva al fenómeno de la violencia que ha recorrido Chile desde octubre del 2019, la que hemos vivido de manera aguda en Valparaíso, probablemente porque aquí los mismos motivos se padecen con tanto más dramatismo y dolor cotidianamente desde hace mucho tiempo. Pero descubrir las causas no implica automáticamente que podamos acceder en lo inmediato al sentido de esa violencia, a lo que conduce. El cliché

de la destrucción creativa ronda como una posibilidad luminosa, pero demasiado ingenua a nuestro juicio visto lo difícil que es trastocar la estructura de poder de un país cruzado por tantos (y tan potentes) intereses concertados. Hasta donde van las cosas pareciera ser que en la actual fase se prepara un segundo acto destructivo.

Siendo Valparaíso una ciudad aún “postportuaria”, es decir que no ha encontrado su nuevo rumbo o motor de reemplazo, nos inclinamos por ahora a pensar que lo que hay aquí es la frustración y sinsentido de lo que Zygmunt Bauman llamó –en su clásico libro *Vidas desperdiciadas* (2005)– una “humanidad residual”. Con dicho término se refería al saldo humano de todo proceso de modernización, entendido éste como un componente propio de la dinámica de la modernidad: la conformación de todo nuevo orden implica la prescindencia de individuos –y de vastos sectores de la población– que antes eran indispensables para el funcionamiento del viejo orden. Son humanos residuales, por ejemplo, todos aquellos que desempeñaban labores en la vieja sociedad industrial-portuaria, antes que fuesen desplazados por la liberalización y automatización, son aquellos y aquellas que ya “han perdido interés como objeto de explotación”. Privados de sus antiguas formas de subsistencia y de sentido, esas existencias devienen superfluas y malditas, la vía de las políticas de reconversión laboral (incluidas el turismo y el patrimonio) nunca dan abasto. En tanto “políticas” siempre terminan revelándose como mera coartada de la impotencia de un Estado periférico, o de la desidia y complicidad con las nuevas formas

de acumulación de riqueza por parte de quienes lo ocupan. La juventud que se ha arrojado a las calles sin duda vislumbra ya su falta de lugar y su deseo de darse alguno. Y, no obstante, es un acontecer en principio abierto que, con moderada esperanza, nos permite todavía esperar algo aunque sea por el solo hecho de no estar concluido.¹

Es la destrucción de Valparaíso a manos de su humanidad residual, las y los sacrificados de la modernización neoliberal –que abarca a toda existencia caduca, indiferentemente de su adscripción política– lo que permite dar unidad al fenómeno, lo que nos autoriza a hablar de “un proceso”. Se deshacen de una ciudad que no les brinda nada más que la escenografía melancólica de sus vidas desperdiciadas. ¿Y los “valores patrimoniales”? Pues será cosa de turistas, emprendedores de la cultura, el Ministerio respectivo y de esos micronacionalistas que practican el culto chauvinista a la ciudad. Para comprender lo otro, la supuesta falta de valores, habría que tener presente aquí lo señalado hace ya tiempo por Joël Candau:

“La ausencia de una voluntad de conservación a menudo es la expresión normal del trabajo de la memoria que, regularmente, libera al sujeto de las huellas más penosas de su pasado. Así hay que comprender que los campesinos destruyan voluntariamente antiguos utensilios agrícolas; los zapateros, hormas; los pescadores mediterráneos, viejos anzuelos, como modo de

1.- Al respecto ver el planteamiento de Daniel Innerarity en su libro *Política para perplejos*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018, pp. 177-180.

sacar de la memoria los objetos que evocan un oficio difícil, duro, que implica sufrimiento y esfuerzos y que sólo alcanza para ‘ganarse la vida’.²

Lo digno de ser conservado hoy, para producir lo nuevo —pues sino para qué—, es algo que ni siquiera pueden sospechar los turistas, emprendedores y funcionarios (en rigor tampoco los historiadores de profesión). Si en algún grado las experiencias de aquel mundo popular han podido ser aún transmitidas, vendrá a nosotros el pasado que nos asista en “un instante de peligro” (Benjamin), es decir, el pasado que sea útil para quienes más lo necesitan, los que luchan, a esos les urge contestarse ¿Cómo es que llegamos hasta aquí? *Necesitamos la historia. Pero la necesitamos no como el malcriado haragán que se pasea por el jardín del saber* (Nietzsche).

* * *

En este libro se reúnen escritos que, aunque la mayor parte de ellos reelaborados, fueron publicados o expuestos oralmente durante los últimos veinte años. En ellos se podrá apreciar el enfoque de problemas locales de alguien que habita la ciudad preocupado fundamentalmente por el lugar y destino del pasado en el mundo contemporáneo y las formas que nos vamos dando de tratar con él, propiciadas fundamentalmente por el avance de la gestión patrimonial y el retroceso

2.- Candau, Joël, *Antropología de la memoria*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2002, p. 92.

público de la historiografía, es decir, se trata de una aproximación solo tangencialmente histórica.

Por último quisiera agradecer a quienes han tenido algo que ver con los textos que conforman este libro. Son muchas las personas que me han enseñado algo en estos veinte años en que vengo dándole vueltas a lo que pasa en Valparaíso, pero creo necesario reconocerlas. En primer lugar a Pablo Andueza, a quien conocí —en los noventa, siendo yo estudiante— leyendo juntos teoría de la historia y antropología cultural (con Nelson Castro y Claudio Díaz), y con quien luego me reencontré a partir de sus generosas invitaciones a discutir sobre el destino de Valparaíso. Su muerte no sólo nos apartó de su lucidez, sino que también de lo que nos quedaba de decencia política y sobriedad republicana. A Sergio Rojas, por su amistad y con quien hemos sostenido un ininterrumpido intercambio sobre filosofía de la historia desde su seminario sobre Walter Benjamin en el Magíster de Filosofía de la Universidad de Valparaíso (Pepe Jara mediante). Al filósofo español Manuel Cruz, de cuyas lecturas y amistad se han nutrido varias de estas páginas. Al profesor Osvaldo Fernández por leer gran parte de las versiones originales de los textos aquí incluidos. Al artista y político catalán Marcelo Expósito, con quien tuve el gusto de grabar un capítulo de su documental *Sinfonía de la ciudad globalizada*.³ A Mario Sobarzo, con quien —mientras duró Arcis sede Valparaíso— levantamos más

3.- Expósito, Marcelo, *Sinfonía de la ciudad globalizada N° 1, Valparaíso*, Capítulo 3: “Historia contra patrimonio”, 2010. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=4zo8wzGCY08>

de una iniciativa para pensar Valparaíso.⁴ A Luciano San Martín y Justo Pastor Mellado, con quienes debatimos, y no llegamos a acuerdo, sobre varias cuestiones tratadas aquí. A Valentina Leal y Daniela Vargas Francia por sus enormes –y aún no reconocidos– aportes a la problematización de la construcción patrimonial de Valparaíso. Y de manera especial a todos/as con quienes este último tiempo hemos podido compartir preocupaciones comunes, todas personas por las que tengo especial aprecio y admiración intelectual: Natalia Taccetta, María Inés La Greca, Gilda Bevilacqua, Miguel Valderrama, Luis de Mussy, María Inés Mudrovic, Rosa Belvedresi, Esteban Mizrahi, Sergio Grez, y en particular a la psicoanalista chilena Constanza Michelson, por su agudeza y valientes intervenciones públicas sobre “lo que nos pasa”. A los amigos de la Universidad de Valparaíso con quienes he comentado a diario ideas que aquí figuran como si fueran propias: Jaime Lacueva, Mario González, Pancho Sazo, Luis Henríquez, Héctor Arancibia, Lenin Pizarro, Patricio Gutiérrez y Jaime Cortés. A Jorge Budrovich y Rodrigo Arroyo por sus lecturas y comentarios.

Valparaíso, junio de 2020

4.- Aravena, Pablo y Sobarzo, Mario, *Valparaíso: patrimonio, mercado y gobierno*, Concepción, Escaparate, 2009.

LA GESTIÓN DE UN PASADO
SIN FUTURO*
(VALPARAÍSO POSTPORTUARIO COMO
OPORTUNIDAD DE NEGOCIO)

* Este capítulo es una versión extendida del texto presentado como ponencia oral en el *Seminario Internacional: Reestructuración urbana de los bordes fluviales y marítimos: nuevas perspectivas*. Seminario de cierre del Programa PREFALC, organizado por la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile (FAU), la Escuela Nacional Superior de Arquitectura y de Paisaje de Burdeos (ENSAPBx) y la Facultad de Arquitectura Planeamiento y Diseño de la Universidad de Rosario (FAPyD). Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, Valparaíso, (06/09/2007). También se recogen acá planteamientos hechos en Aravena, Pablo y Sobarzo, Mario, *Valparaíso: patrimonio, mercado y gobierno*, Concepción, Escaparate, 2009.

Fue justamente a mediados de los noventa, época de negociaciones para la reconversión de los últimos trabajadores portuarios y de entrada de los grandes grupos económicos monooperadores (que desplazaron a los pequeños empresarios afines a la dictadura), que se registraron las primeras iniciativas por parte del gobierno de turno –Frei– para hacer de Valparaíso Patrimonio de la Humanidad, lo que implicaba asumir que la situación del puerto era irreversible y apostar por el turismo, la cultura y los servicios como principal motor económico de recambio de la ciudad. La cúpula política de la Concertación de Partidos por la Democracia ya poseía una proyección del futuro para Valparaíso, así al menos se dejó entrever al poco tiempo en las descuidadas declaraciones de sus altos personeros. El 2007, en un programa de televisión de

horario estelar, Soledad Alvear (en aquel momento Presidenta del Partido Demócrata Cristiano), señalaba:

“Nosotros tenemos que potenciar las regiones con lo que tenemos como alternativa. Hay regiones que se deben potenciar desde el punto de vista servicios. A mí me gusta hacer una mirada como optimista, miradas como adelante, hacia futuro. Una dice, pero ¿Por qué una región como Valparaíso que tiene tantas universidades, tanta gente tan brillante, no puede ser capaz de pensar que puede ser un Miami en materia de servicios en América latina? Yo creo que es posible”.¹

Años más tarde, en una entrevista sobre los orígenes de la sociología en Valparaíso, Ernesto Ottone Fernández (asesor del gobierno de Ricardo Lagos) trazaba una retrospectiva al respecto:

R: *Perdona, yo siempre he pensado ¿se puede planificar tanto una ciudad como Valparaíso, en que de repente pesa también mucho lo espontáneo?*

E: Pero, ¿lo espontáneo...? ¿Por qué surgieron los restaurantes entre el 2003 y el 2006 y no entre 1995 y 1998 que estábamos creciendo como locos? Claro, tienes que tener un cuento, un relato, nosotros le hicimos un relato a Valparaíso.²

1.- Alvear, Soledad, declaración en programa "Tolerancia Cero", Chilevisión, Noviembre de 2007.

2.- Leal, Valentina, Entrevista realizada en el contexto del proyecto "Memorias de la sociología en Valparaíso", 2010.

El Valparaíso patrimonial es el relato concertacionista de la ciudad, es su ingreso a una nueva lógica cultural y la redefinición de su vocación portuaria. Valparaíso entra, desprevenida y repleta de contradicciones, a la era postindustrial. Así entendida, la patrimonialización de la ciudad fue una operación efectuada “desde arriba”. En efecto, la denominada “gestión patrimonial” constituye su última estrategia modernizadora, pues convierte en mercancía todo aquello que aún se resistía (la memoria, la cultura, la historia), incluyendo también las ruinas de la ciudad portuaria que fue Valparaíso.

Ya no más trabajo ni producción, desde ahora entonces, consumo y servicios. Bauman lo expresó claramente en su libro *La globalización. Consecuencias humanas*: la etapa industrial dio paso a una “sociedad de producción”, “esa forma más antigua de sociedad moderna utilizaba a sus miembros principalmente como productores y soldados [...] Pero en su actual etapa moderna tardía (Giddens), moderna segunda (Beck), sobremoderna (Balandier) o posmoderna, ya no necesita ejércitos industriales y militares de masas; en cambio, debe comprometer a sus miembros como consumidores”.³

¿Pero consumidores de qué en este caso? Ciertamente no –o no tan sólo– de los productos tradicionales de la sociedad industrial, aquellos que podían ser situados y nombrados como “cosas”, pudiendo establecer incluso su circuito de circulación.

3.- Bauman, Zigmunt, *La globalización. Consecuencias humanas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 106.

Lo que pone en escena la sociedad postindustrial no es la *necesidad* sino el *deseo*, por tanto sus estrategias de consumo no apuntan a lo “material-objetivo” –por llamarlo de alguna manera–, sino que a la subjetividad. Sus productos son preferentemente intangibles, en una palabra: *sensaciones, pseudoexperiencias*. Es lo que buscaría el turista “de intereses especiales”. Es lo que Valparaíso podría ofrecerle.

He aquí algunas referencias que nos permiten fundar nuestra interpretación acerca del destino de Valparaíso:

“... la conciencia de la propia existencia y el orgullo que nacen de la identidad cultural son parte esencial del proceso que deben seguir las comunidades para reforzar su poder. Por estos motivos los responsables del Banco Mundial pensamos que el respeto hacia la cultura y la identidad de los pueblos es un elemento básico de cualquier enfoque viable para un desarrollo centrado en las personas.

Hemos de respetar las raíces de las personas en su propio contexto social. Debemos proteger la herencia del pasado; pero también debemos amparar y fomentar la cultura viva en todas sus manifestaciones. Esto es, además, muy positivo para el mundo de los negocios, como han demostrado muchos análisis económicos recientes. Desde el turismo hasta las restauraciones, las inversiones en el patrimonio cultural y las industrias relacionadas con él promueven actividades económicas generadoras de trabajo que producen riqueza e ingresos”.⁴

4.- James Wolfensohn, “Culture and Development at the Millenium” (1998), citado por Patricia Goldstone en *Turismo*.

Objetivo II: “promover el desarrollo de una industria cultural que aporte al crecimiento de la oferta de bienes y servicios culturales en el país”. [...]

Objetivo IV. Medida 38: “Contar con un plan nacional de fomento al turismo cultural sustentable, vinculado a la valoración de los sitios patrimoniales e históricos, arqueológicos y naturales, con planes de desarrollo que recojan la experiencia internacional al respecto. En este contexto se ha de considerar el necesario financiamiento para el desarrollo de planes de gestión de los sitios declarados y postulados Patrimonio de la Humanidad”.⁵

“Yo estoy de acuerdo en que se conserven las fachadas, se traten de restituir los pavimentos, se reemplace mobiliario urbano de época, etcétera, porque constituye una lección para los habitantes, tiene un valor turístico y da lugar a la nostalgia de los porteños, hecho que tiene un cierto ribete poético”. [...] “Esta renovación visual debería ser acompañada de la incorporación de ciertos valores patrimoniales que podrían reeditarse” [por ejemplo] “el barrio del puerto y su legendaria vinculación con los marineros, que hoy podrían ser perfectamente reemplazados por turistas, creando un barrio de los turistas. Eso sí es incorporar un cierto sentido del patrimonio intangible, acompañado de una tremenda inyección de recursos para ese mismo puerto que hoy tambalea. Ese es el paso que falta y la dirección en que se debieran impulsar las líneas de acción”.⁶

Más allá del ocio y del negocio, Barcelona, Debate, 2003, p. 299.

5.- “Definiciones de Política Cultural 2005-2010”, en: *Pausa. Revista del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes*, N° 4, Santiago, junio de 2005, pp. 44-49.

6.- Juan Purcell en “Al rescate del patrimonio arquitectónico”, en:

Lo que evidencia la superposición de estas tres citas es la puesta en obra de la tesis de “el recurso de la cultura”, tal como la han venido planteando George Yúdice o Jean-Pierre Warnier.⁷ Como se puede apreciar, en dicho planteamiento se alinean jerárquicamente organismos financieros mundiales, gobiernos nacionales, personeros políticos y académicos. Se trata, en efecto, de una tendencia mundial que, según nuestra interpretación, tiene relación con unas nuevas “lógicas” del capital: la ampliación del espectro de mercancías, o de la transformación cualitativa de lo que hasta acá se había entendido por “mercancía” (trabajo objetivado en una cosa). En una palabra: la lógica del capitalismo postindustrial.

Pero ¿qué significa esto para nosotros, habitantes del puerto?, ¿qué implica esto para Valparaíso? En otro lugar⁸ he planteado que la proyección de Valparaíso, o parte de él, como Patrimonio de la Humanidad, marca –por parte de las autoridades de turno– una definición de la estrategia de desarrollo de las zonas que han visto extinguirse sus tradicionales actividades económicas (zonas que son justamente aquellas que se señalan usualmente como más “históricas”, lo que en el imaginario político quiere decir muertas económica y

Culturart, N° 7, Valparaíso, diciembre de 2003, p.15.

7.- Ver respectivamente: Yúdice, George, *El recurso de la cultura, Usos de la cultura en la era global*, Barcelona, Gedisa, 2002. Warnier, Jean-Pierre, *La mundialización de la cultura*, Barcelona, Gedisa, 2002.

8.- Aravena, Pablo y otros, *Trabajo, memoria y experiencia. Fuentes para la historia de la modernización del puerto de Valparaíso*, Op. Cit.

socialmente). Es el caso en Chile no sólo de Valparaíso y su aminorada actividad portuaria, sino también de ciudades del Norte Grande, como Iquique o Antofagasta respecto de la extracción salitrera, o Lota luego de la muerte decretada de la minería del carbón. Todas, desde luego, señaladas hoy como zonas de alto “valor patrimonial”. No es casual que en todos estos casos se trate de la extinción de nuestra *sudaca* versión de explotación industrial, de esas antiguas formas de trabajo que engendraban sus correspondientes antiguas relaciones sociales. Ser patrimonio es el destino postindustrial de Valparaíso.

A este peculiar presente de Valparaíso el pasado se integra de la única manera que puede tener sentido en el contexto de la lógica del capitalismo avanzado: en primer término como una eventual reintegración del “aura” a unos espacios u objetos obsoletos socialmente y, en segundo lugar, como “capital cultural”.

En el primer sentido se trataría de la generación de riqueza a partir de la puesta en marcha de las llamadas “industrias culturales”, que tienen a la producción de patrimonio como actividad principal. En efecto, la actual demanda de diferencia —de un turista primermundista vitalmente anémico, como ha sostenido Žižek— es demanda de pasado como seña de una diferencia “original”, que es justamente lo que escasea en tiempos de una industria cultural global que produce mercancías en serie: “lo aurático como estrategia de *marketing*”, ha sugerido Andreas Huyssen.⁹ Este valor agregado derivado

9.- Huyssen, Andreas, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de la globalización*, México, Fondo de Cultura

de la demanda por lo original, es el único elemento que puede garantizar un espacio de ganancia en un mercado saturado por las mercancías de las grandes industrias culturales de los países desarrollados. Cabe postular que la generación del valor de lo original haya sido posibilitada por la misma gran industria cultural de mercancías en serie. Jugando con el lenguaje de Benjamin podríamos decir que la época de la “reproductibilidad técnica” de la cultura, en un efecto de saturación, ha abierto el espacio para la vuelta del “aura”, claro que con un extraordinario valor comercial. El aura deviene fuente de plusvalía. (Fenómeno que puede ser interpretado como la consumación del proceso de desacralización de todos los ámbitos de la vida anunciado por Marx y Engels en *El Manifiesto*: la explotación capitalista y su civilización burguesa, que ha despojado todo cuerpo y toda relación de su “aureola”, ahora se las reintegra para incrementar su valor de cambio).

Es en este plano que se nos presentan las desigualdades y desafíos a los que debiera enfrentarse nuestro país, si, como parece, está decidido a llevar adelante su inserción en el mercado de las industrias culturales. Es la relación entre culturas singulares y gran industria cultural transnacional la que se impone. ¿Cómo asegurar la permanencia en los circuitos comerciales de la cultura en condiciones de tan extrema desigualdad? Pues con “políticas culturales” elaboradas desde el ministerio.

Asumida la condición de país subdesarrollado,

tales políticas no van en dirección de propiciar las bases de una gran industria, sino en la de entrar al mercado mundial de la cultura precisamente por las fisuras de esa industria. La “originalidad” o “autenticidad” es aquello que la gran industria no puede ofrecer, por tanto es a ello que deben aplicarse las políticas culturales. Es en este punto donde se revela la coherente articulación de las citas señaladas arriba: la gran industria cultural genera un fenómeno de invasión a las culturas tradicionales, transformándolas y, la mayor parte de las veces, destruyéndolas. Si es de la originalidad (de la tradición) que nuestros bienes culturales obtienen su plusvalía, las políticas deben apuntar a algún grado de “resguardo”, a fin de que el capital cultural no se degrade. A partir de esto sería explicable, en gran medida, la insistente preocupación de los organismos públicos por la conservación de nuestra memoria, tradición e identidades colectivas.

Pero también se trata —en el segundo sentido aludido más arriba— de la “culturización” de la ciudad como estrategia en la que se dan la mano mercado y gobierno. La verdad es que Valparaíso en sí no es “más cultural” que otras ciudades, pero sí tiene un “capital simbólico” más denso. A efectos prácticos, este llamado capital simbólico tiene que ver tanto con lo realmente acaecido aquí como con los cuentos que se cuentan sobre la ciudad los habitantes, y lo que el forastero trae como preconcepción de ella. Se trata siempre de “mitologías” —que pasan por “historia”—, muchas de ellas de base real, pero absolutamente libres en tanto interpretaciones. En una concepción tradicional de lo

que es “histórico” se podría afirmar que en Valparaíso “han pasado más cosas” que en otros lugares de Chile (lo que se ha considerado convencionalmente histórico: batallas, muertes, firmas de tratados, catástrofes, matanzas, nacimiento de grandes hombres), pero lo que se sigue de ello, las cuentas que se sacan, no es algo evidente. Hoy se asume sencillamente que Valparaíso tiene mucha historia. En seguida se entiende que también tiene una gran identidad, que esa identidad nos distingue (nos hace únicos) y que en ella radica el “valor” de la ciudad. Su capital cultural.

Por –y desde– todas partes escuchamos el siguiente imperativo: “debemos conservar nuestra identidad”. De tanto escucharlo terminamos por repetirlo, y de tanto repetirlo terminamos por asimilarlo como consigna. Así todo afán de coleccionista, anticuario o “retro” acaba encontrando una noble y fácil justificación. “¡Tenemos que aprender a querer lo nuestro!” ¿Si? ¿Y para qué? ¿De qué manera? ¿Qué es lo nuestro?

Resulta que la pregunta por lo que somos no tiene una sola respuesta ni menos definitiva. Resulta más o menos evidente que no hemos sido, ni estamos destinados, a ser siempre lo mismo, ni “por dentro” ni “por fuera”. Que no parezca exageración lo que sostenemos a continuación: la pregunta vehemente por el “¿qué somos nosotros?” (y por el qué son ellos) ha sido un rasgo característico del discurso nacionalista. No es posible interrogar a la condición humana con una pregunta tal sin que traiga asociada alguna consecuencia indeseable. La pregunta busca *cosificar* la expresión humana interrogada. Lo que es inaceptable al menos por tres motivos:

a) Es una operación engañosa: lo propio de la identidad de un grupo social (y de un individuo) es su naturaleza cambiante. En estricto rigor la identidad, por principio, no es susceptible de definiciones, sino de narraciones que se adecuan al devenir del sujeto. La definición “detiene” mientras que la identidad es un repertorio de “formas de hacer” en permanente operación, motivo por el cual el modo humano de asegurar alguna unidad del “yo” es la “identidad narrativa”, la forma que “aúna” todas las cosas que se ha sido, no como unidad, sino como continuidad (véase el contraste entre los conceptos de *identidad* e *ipseidad* realizado por Paul Ricoeur), b) Es ahistórica: la defensa del patrimonio apelando a su presunta “autenticidad” sólo es posible si se olvida que los sitios patrimoniales responden mejor a una larga lista de reapropiaciones culturales registradas en la historia. Así, cada sitio no posee nunca un puro sentido “monolítico”, sino que posee tantos sentidos como apropiaciones por distintos sujetos, solo que “quienes absolutizan la actividad mercantil suelen desentenderse de los sentidos acumulados en esa historia de los usos. Seleccionan un ritual o una época, y desprecian otros, según puedan convertirse en espectáculo vendible”.¹⁰ La censura de esos otros sentidos descontextualizan el sentido elegido negando así su conocimiento: si no se puede establecer relación alguna con otros ámbitos de lo real-pasado aquel fragmento se monumentaliza a la vez que se deshistoriza. En este sentido valga la cita de Augé:

10.- García Canclini, Nestor, “El turismo y las desigualdades”, en *Ñ. Revista de Cultura*, N° 120, El Clarín, Buenos Aires, 2006, p. 8.

“El mapa del turismo mundial hace malabarismos tanto con el tiempo como con el espacio, y de Luxor a Palenque, de Angkor a Tikal, o de la Acrópolis a la Isla de Pascua, la idea de un patrimonio cultural de la humanidad va tomando cuerpo, pese a que este patrimonio, al relativizar el tiempo y el espacio, se presente antes que nada como un objeto de consumo más o menos desprovisto de contexto, o cuyo verdadero contexto es el mundo de la circulación planetaria al que tienen acceso los turistas más acomodados desde el punto de vista económico y más curiosos desde el punto de vista intelectual”.¹¹

c) Tiene implicancias políticas previsibles: según lo ha postulado el ya aludido Ricoeur: “El poder siempre se encuentra vinculado al problema de la identidad, ya sea personal o colectiva. ¿Por qué? Porque la cuestión de la identidad gira en torno de la pregunta ‘¿quién soy?’ y dicha pregunta depende esencialmente de esta otra: ‘¿qué puedo hacer?’, o bien, ‘¿qué no puedo hacer?’. La noción de identidad se encuentra, por tanto, estrechamente vinculada a la de poder”.¹² En la definición de la identidad patrimonial los habitantes de Valparaíso se juegan, no precisamente su pasado, sino su futuro: no da lo mismo asumir que la seña de esa identidad pasa por lo “bohémio, artista, guachaca” que insistir en el trabajo portuario. En un caso se asume el estereotipo comerciable y en el otro se afirma una estrategia de desarrollo de la

11.- Augé, Marc, *El tiempo en ruinas*, Barcelona, Gedisa, 2003, p. 63.

12.- “Paul Ricoeur: memoria, olvido y melancolía”, (entrevista de Gabriel Aranzueque), en *Revista de Occidente*, N° 198, Madrid, 1997, p. 112.

ciudad que no es la que han previsto para nosotros los gobernantes (una suerte de “contra-identidad”).

Se entenderá entonces en qué medida mercado y gobierno se benefician de la gestión patrimonial: el proceso de *cosificación* de las expresiones culturales genera, por una parte, mercancías y, por otra, acota las posibilidades de proyección histórica de la sociedad porteña. Lo apropiado en este sentido es que la población “se piense cultural”: las demandas no serán ya políticas ni gremiales, sino culturales. De este modo todo camina a la realización de otros fines no tan inmediatos, como lo es la pacificación social de la ciudad mediante inyecciones de fondos bancarios internacionales para dar salida a las demandas sociales bajo la forma de “proyectos culturales” y así crear condiciones seguras para la inversión inmobiliaria o de infraestructura cultural. O bien para la formación de un “capital cultural” (en los cerros por ejemplo) que estrene modelos de autogestión en vistas de una reducción del gasto social por parte del Estado: “la cultura en cuanto recurso es el principal componente de lo que podría definirse como una episteme posmoderna”.¹³

La actual oleada modernizadora del puerto (iniciada en los '70 por la tecnologización de las labores de embarque y porteo, acelerada a inicios de los '80 con la destrucción de los sindicatos por la dictadura de Pinochet, pero que hoy consiste en la monopolización de los servicios bajo los llamados “monooperadores” y la consecuente prescindencia y devaluación del trabajo

13.- Yúdice, George, *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*, Op. Cit., p. 45.

humano) ha acabado con las condiciones materiales de la cultura portuaria, pero a la vez impulsándola como el más valioso (y consumido) bien cultural. Pese a las apariencias la gestión patrimonial de Valparaíso, con sus ficciones, espectáculos y marginación progresiva de sus habitantes históricos, efectúa una eficiente censura del pasado.

En este contexto las opciones para los sobrevivientes de aquel mundo son acotadas: se acoplan a la escenografía asumiendo el estereotipo popular-guachaca, se agregan valor ellos mismos contando “como era aquí antes”, se visten de pasado, o se van. Como muestra de esto valga el siguiente cálculo: ¿qué posibilidad de vida tiene hoy un habitante tradicional del Barrio Puerto? La mayor parte de los viejos vecinos que aún habitan el barrio han ido aprendiendo a existir gracias a esta modalidad de respiración artificial: sus narraciones acentúan lo exótico, confirman las postales al turista, en fin, han aprendido a hablar de “identidad”. Pero para su descendencia no hay lugar, el círculo se cerró y quedaron fuera.

Nos encontramos frente a la más actual forma de modernización que se ha aplicado a Valparaíso: la entrada a la “postindustrial”, al turismo, los espectáculos, la gastronomía, la educación, la cultura. Una forma de producción de riqueza en la cual el trabajo humano asalariado tiene cada vez menor cabida, en que a cambio adquiere protagonismo el campo de los servicios y el comercio de intangibles. Como hemos sugerido más arriba los problemas que debe enfrentar desde ahora Valparaíso se derivan del hecho de que

a las modernizaciones no les va sólo el cambio en las formas de producir riqueza, sino también la exclusión, la producción de humanidad residual (Bauman).

La memoria patrimonial actúa así como coartada, encubriendo la real exclusión de los habitantes tradicionales del puerto. Se da a pequeña escala aquel uso de la identidad nacional estrenado en el siglo XIX en que la nacionalidad integraba a nivel discursivo la radical división entre explotadores y explotados.¹⁴ En los slogans como “este es mi patrimonio”, “adelante pancho” o “el patrimonio es de todos”, lo que opera es una estrategia retórica que busca aglutinar voluntades y cohesionar a la sociedad porteña. Quien se muestre crítico o disconforme está contra la ciudad: no la quiere o, el peor pecado en estos tiempos de globalización: carece de identidad.

Pero a la base del discurso integrador trabaja implacable el proceso de exclusión-expulsión de los habitantes tradicionales de la zona patrimonial. La radicalización de esta lógica la encontramos en otros lugares de América latina que se plegaron antes a este proceso. Paradigmático es el caso del Barrio La Boca en el Puerto de Buenos Aires, donde por las ventanas y balcones no se asoman ya humanos, sino muñecos que representan a ese otro autóctono que era el porteño de La Boca. Allí no hay ya sujetos sino estereotipos de cartón piedra y látex, desde arriba miran a los turistas “la nona”, “el ciruja”, “la mina” y “el cafiche”. Debajo

14.- Al respecto ver Wallerstein, Immanuel, *Utopística. O las opciones históricas del siglo XXI*, México, Siglo Veintiuno editores, 1998, p. 22-23.

de los balcones todo es restaurantes y locales de ventas de *souvenir*. Pero ¿qué pasado es éste? ¿Qué lugar es éste? Nuestra respuesta aquí es tajante: donde hay patrimonio no hay memoria, ni historia, ni lugar.

La dificultad de plantear así el problema no estriba sólo en que todo planteamiento radical resulte siempre poco verosímil al sentido común (que “suena excesivo”), sino porque implica dudar de autoridades y organismos que han logrado blindarse con un halo de imparcialidad y seriedad, implica invalidar a quienes se han puesto como garantes del patrimonio. Puntualmente en el caso de Valparaíso a la UNESCO y sus organismos y profesionales prestadores de servicios. En este sentido vale la pena traer al debate el valioso dato histórico que aporta Jean-Pierre Warnier, en *La mundialización de la cultura*, acerca de las circunstancias en que el organismo internacional debió claudicar su proyecto original de promoción de la educación y la cultura para la paz y la igualdad de acceso: los grandes países financistas no estuvieron de acuerdo en sacrificar sus ventajas, así “en 1984 Estados Unidos se retiró de la UNESCO, seguido por Gran Bretaña y por Singapur, con lo cual el presupuesto de funcionamiento de la organización se redujo en un 25 por ciento”.¹⁵ La crisis dio lugar a una serie de reformas que terminaron plegándose a lo que sus grandes financistas querían: que la cultura, la educación y fundamentalmente la información y las comunicaciones se rigieran según el rampante liberalismo económico de los ochenta. La UNESCO

15.- Warnier, Jean-Pierre, *Op. Cit.*, p. 82.

puede ser también el rostro elegante –académico– de la mercantilización de la cultura. Al mismo respecto García Canclini ha señalado recientemente: “Existe una noción que pareció anticiparse a la globalización: la de ‘patrimonio de la humanidad’ consagrada por la UNESCO para proteger ciertos bienes y lugares”.¹⁶

Queda entonces por aclarar cómo es que la gestión patrimonial imposibilita aquello que dice resguardar: la memoria, la historia y los lugares.

1. En primer término cabe plantear que el discurso patrimonial no se esmera en las delimitaciones conceptuales ni en las sutilezas teóricas, en efecto, en él se suele usar como equivalentes conceptos como memoria e historia o, peor aún –para horror de Maurice Halbwachs– se habla de “memoria histórica”. Debemos entender por esto simplemente el inventario de objetos y costumbres que alguien decidió que eran valiosas, en base a unos criterios nunca bien establecidos (aunque hallables en la Web de la UNESCO y que suponemos son las que los gobiernos siguen). Con todo, si cabe plantear que el patrimonio –en su constante apelación al pasado– supone algún tipo de memoria, la pregunta que sigue es ¿la memoria de quién? No se entiende el concepto sin su categoría afín, a saber, la de sujeto. La memoria siempre es plural, cada sujeto recuerda y olvida lo suyo. Pero ¿qué sujeto es el de la memoria patrimonial? En este punto me arriesgo a extender –con el abuso interpretativo correspondiente– una tesis del jurista Italiano Pietro Barcellona a propósito de las formas políticas que

16.- García Canclini, Nestor, *Lectores, espectadores e internautas*, Barcelona, Gedisa, 2007, p. 100.

se corresponden con las más actuales modernizaciones (postindustriales o capitalistas avanzadas): “El verdadero sujeto fuerte, el nuevo dios de la efectualidad mundana, ha pasado a ser el sistema”.¹⁷ Ese inventario no es más que el resultado de los requerimientos de la industria cultural: memoria del mercado,¹⁸ en estricto rigor una memoria “sin sujeto”. Pero esta potente “memoria del sistema” impone, con su prepotencia comunicacional, lo digno de ser recordado, colonizando así las posibles otras subjetividades, al extremo de llegar a reconocernos en la memoria patrimonial.

2. Respecto de la historia –y entendamos por ello la historiografía– convengamos provisionalmente que su definición se funda, en gran medida, en dos elementos: primero por ser una modalidad reglada de generar construcciones que representen lo más fielmente, o al menos verosímilmente, ciertas zonas de lo real-pasado. (Los datos para mostrar la falta de rigurosidad de los gestores patrimoniales abundan. Hace tiempo un profesor apasionado por Valparaíso “como realmente fue”, acusaba la negligencia historiográfica en que han incurrido los gestores patrimoniales.¹⁹ Pero

17.- Barcellona, Pietro, *Postmodernidad y comunidad. El regreso de la vinculación social*, Madrid, Trotta, 1999, pp. 27-28.

18.- Ver Cataldo, Bernardo, “Patrimonio del Mercado, mercado del patrimonio”, en: *Miseria de lo Cotidiano. (En torno al Barrio Puerto de Valparaíso)*, (Pablo Aravena ed.), TEPsoc / Universidad de Valparaíso, 2002.

19.- Me refiero a la postura expresada por Vicente Mesina en el contexto de la Primera Asamblea Popular de Patrimonio y Cultura, convocada por la Unidad Vecinal N° 79 y la Agrupación de Artes y Oficios del Cerro Cordillera de Valparaíso. Museo del Mar Lord Cochrane, Valparaíso, 30 de octubre de 2007.

en estricto rigor no hay nada que reclamarles: lo suyo es el patrimonio, no la historia. Jamás un organismo gubernamental se ha interesado por ello. Otra cosa es que históricamente se recurriera al pasado para fundar la idea de nacionalidad, o bien hoy su equivalente postmoderno: la identidad. El poder no genera historiografía, sino relatos legitimantes, en una palabra: “mitologías”).

El segundo elemento que caracteriza a la historiografía es la operación intelectual específica que efectúa. Se nos permitirá aquí extendernos sobre un punto de capital importancia para entender el vital sentido del quehacer historiográfico (como veremos por principio opuesto a la gestión patrimonial). Vivimos en un consenso sobre la importancia del pasado, lo que ha hecho constatar a periodistas y público en general un supuesto aumento de interés por la historia. Pero esas formas en que se realiza dicho interés (novelas, películas, proyectos de “historia local”, gestión patrimonial, museificación), independientes de un celo profesional, han hecho reparar a ciertos historiadores –al menos a aquellos no involucrados en la industria del patrimonio y el turismo– sobre el hecho de que no todo recurso al pasado es histórico. La industria cultural ha hecho tanto uso del pasado –y ha empaquetado tantos productos con la etiqueta de la historia– que ha terminado por devaluar completamente el concepto de “lo histórico”. Como se ha indicado más arriba, usualmente entendemos por histórico aquello que pasó o existió realmente, siendo este “realmente” algo absolutamente nebuloso en la medida que, más allá del consenso testimonial del pasado reciente y las experiencias transmitidas, el

público por lo general carece de referencias culturales mínimas para juzgar si aquello que se está ofreciendo es verosímil historiográficamente hablando. (Una demanda o sobreoferta de pasado no nos autoriza a hablar de una demanda de historia).²⁰

Pero no se trata de reducir lo histórico, otra vez, a lo que “de verdad” (a la luz de documentos) ocurrió, sino de atender a la manera en que leemos y nos apropiamos de un acontecer más o menos probado. Porque ¿con qué nos relacionamos si aquello que se nos ofrece como pasado en realidad no aguanta constatación ni prueba alguna? Si no nos relacionamos con el pasado lo hacemos con nosotros mismos, con proyecciones de nuestra propia cultura (con nuestras obsesiones y problemáticas sociales sublimadas), por ejemplo con los aludidos estereotipos del patrimonio. En estricto rigor la actual vuelta del pasado no lo es de sus restos o huellas –menos aún tratadas críticamente– sino, como se ha sugerido ya, de sus simulacros: “la copia idéntica de la que jamás ha existido original”, “el pasado como referente se encuentra puesto entre paréntesis, y finalmente ausente, sin dejarnos otra cosa que textos”.²¹ ¿Qué es lo que representan entonces esas producciones culturales, preponderantemente esas imágenes y películas? Lejos de representar el pasado, encarnan nuestras propias ideas y estereotipos del pasado. A esto Fredric Jameson ha llamado “historia *pop*”.

20.- He desarrollado mis observaciones sobre este fenómeno en mi libro *Memorialismo, historiografía y política. El consumo del pasado en una época sin historia*, Concepción, Escaparate, 2009.

21.- Jameson, Fredric, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, Paidós, 1995, p. 46.

En este “pasado a la orden del día” de las mercancías culturales, no hacemos otra cosa que relacionarnos con nuestro propio presente, no hay diferencia (Otro) que nos *interpele* desde el pasado. Se podrá entender entonces cual es la real importancia de establecer lo mejor posible los hechos: sin ese trabajo riguroso —que va más allá de la “reconstrucción” de edificios y utensilios de época— no sabremos cual era esa imagen del mundo que tenían aquellos que nos antecedieron, qué batallas dieron y en nombre de qué, cuáles eran sus valores y concepciones de lo que debe ser una sociedad justa, una vida buena. Nada más sospechoso que una “historia” que nos muestra las épocas pasadas como otra versión de lo mismo que hoy tenemos.²² El pasado histórico ha de reconocerse por la perplejidad que nos causa derivada de su diferencia, de su “inactualidad”, por esa primera impresión de “¿Cómo podían pensar eso?” “¿Cómo podían luchar por aquello?” “¿Cómo pudieron tener una sociedad, en ciertos aspectos, mejor o peor que la que nosotros tenemos?” “¿Por qué motivo ya no tenemos lo que ellos tenían?”. La historia nos interpela, nunca nos confirma en nuestro lugar: “las cosas no fueron siempre así... las cosas cambian de tanto en tanto... y por eso este presente no será eterno”. Nuestro planteamiento no echa de menos tanto la posibilidad de “narrar los hechos como realmente sucedieron”, sino la

22.- Una historia a “lo Picapiedras” (Hanna-Barbera). Ellos eran iguales a nosotros, con la única diferencia de que todo estaba hecho de piedra y madera. Es interesante constatar cómo esta violación de la especificidad del pasado es usada corrientemente como recurso didáctico para hacer “más comprensible la historia” a los alumnos.

diferencia del pasado y lo que se posibilita en términos de la comprensión de nuestro presente a partir de este extrañamiento. En una palabra: la historia nos hace conscientes de nuestra historicidad: productos pero también –en principio– productores de la historia.

Frente al exceso de historia del siglo XIX, Nietzsche se planteaba de la siguiente manera como hombre ocupado del pasado griego: “Pues no sabría yo qué sentido tendría la filología clásica en nuestra época, sino el de actuar inactualmente –es decir contra la época y por lo tanto sobre la época, y es de esperar que a favor de una época venidera”.²³ La historia tendría un poder reactivo sobre el presente. El pasado griego para Nietzsche no era valorable porque nos pudiera dar cuenta de ciertas “continuidades”, por ejemplo confirmándonos como los herederos directos de la democracia (al menos de la palabra). Esa inactualidad que define el trabajo del historiador ha sido oportunamente reformulada en los siguientes términos: “el pasado es, ante todo, el medio de *representar una diferencia*. [...] la figura del pasado, conserva su valor primero de representar *lo que falta*. Con un material que por ser objetivo, está necesariamente *ahí*, pero es connotativo de un pasado en la medida en que, ante todo, remite a una ausencia, esa figura introduce también la grieta de un futuro. Un grupo, ya se sabe, no puede expresar lo que tiene ante sí –lo que aún falta– más que por una redistribución de su pasado”.²⁴

23.- Nietzsche, Friedrich, *Sobre la utilidad y perjuicio de la historia para la vida*, Córdoba, Alción Editora, 1998, p. 28.

24.- Adherimos a esta concepción de la historia como saber social

De este modo nuestro habitual concepto de historia cambia su centro de gravedad del pasado al futuro (lo que falta). La gestión patrimonial del pasado es justamente su contrario: pasado sin futuro.

3. Más interesante aún es ver cómo la gestión patrimonial no sólo se aplica a la destrucción de los lugares y edificios, sino también al reemplazo de los lugares antropológicos por lo que Marc Augé definió, hace ya tiempo, como “no lugares”. Al igual que “olvida recordando”, poniendo en valor el pasado mediante estereotipos, la gestión patrimonial destruye “re-construyendo”, o mejor aún, “conservando”. No hay mejor manera de destruir un edificio que conservándolo “tal cual fue”, pues es en este preciso instante que se lo deshistoriza, se le restan los significados que emanan de las huellas que dejaron en él las múltiples maneras de habitarlo a lo largo del tiempo, fijándole de paso un significado políticamente correcto. En Valparaíso: la misma casona fue primero habitada por inmigrantes ingleses en el siglo XIX, para luego —a mediados del siglo XX— albergar a un enjambre de familias proletarias en la forma de un cité o conventillo, pero el sentido que impera es desde luego el que se considera arbitrariamente como “lo original”. Esos edificios hasta aquí habían tenido historia, pero desde ahora ya no la tienen.

Algo semejante pasa con los lugares del puerto,

(saber *sobre* la sociedad, pero situado *en* la sociedad). Al respecto ver la formulación del citado Michel de Certeau, “La operación histórica”, en: Jacques Le Goff y Pierre Nora (Comps.), *Hacer la historia*, Barcelona, Editorial Laia, 1985, p. 53.

con aquellos espacios de permanencia o que anudaban itinerarios diversos. Según Augé “un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico”,²⁵ es decir, aquel donde el sujeto se conforma en base a las “reglas de residencia” y que posee una estabilidad suficiente, de manera que puedan reconocerse señas mínimas en él que actúen como referencias. Pues bien, sostenemos que tanto la renovación urbana de las zonas patrimoniales como el turismo han arrasado con las condiciones de posibilidad del lugar entendido en su dimensión antropológica: las reglas de residencia son violadas –hasta invalidarlas– por los “nuevos habitantes” a la vez que los habitantes tradicionales son expulsados hacia la periferia de la ciudad. Por su parte el turista impone lo efímero, la ocasionalidad como peculiar manera de no-habitar. Como pasajero no hay referencia que pueda captar, más que las del mercado cultural mundial.

Hoy Valparaíso debe resolver varias cuestiones, pero lo primero es construir la posibilidad de que lo que se haga con la ciudad sea resuelto de manera democrática en un acto en que los habitantes ejerciten su soberanía. Lo urgente es procurar que no sigan decidiendo por nosotros. Entre los problemas que se nos presentan podemos contar uno fundamental: el del modelo de gestión con que se quiere potenciar a Valparaíso. En él entran cuestiones que van desde la gestión del pasado hasta el uso de terrenos que hasta

25.- Augé, Marc, *Los no lugares. Espacios del anonimato*, Gedisa, Barcelona, 2000, p. 83.

aquí habían sido reservados a la actividad portuaria. Es precisamente una redefinición de la ciudad y de sus espacios la que se efectúa por “lo patrimonial”.

LA MEMORIA DEL TRABAJO

(EL ARCHIVO ORAL DE LA MAESTRANZA BARÓN)*

* Versión ligeramente modificada del capítulo del mismo título incluido en el libro *Archivo oral de la maestranza Barón de Valparaíso*, Fondart / Perseo Ediciones, Valparaíso, 2015. Agradezco la invitación de Erik Fuentes a colaborar en dicha publicación.

Alguien ya habrá reparado en ese fenómeno tan particular de la sociedad porteña: en Valparaíso la mayor parte de los sindicatos agrupan a jubilados. Ya no se trata de trabajadores que, juntos, defienden sus derechos y planean sus luchas, sino ancianos¹ que se reúnen a recordar “aquellos tiempos del trabajo”. En efecto, podríamos sostener que en Valparaíso tenemos “sindicatos de la memoria”. Y no se trata de un nuevo producto para el mercado patrimonial (una nueva estación en la “ruta de la cultura popular porteña”) sino de un rótulo, en

1.- Habrá que rescatar el buen sentido de esta palabra ante el eufemismo burocrático de Adulto Mayor. Anciano (del latín *Antianus*), alude a alguien de avanzada edad, pero significa ante todo “el que estuvo aquí antes que nosotros”.

principio contradictorio, que en la dificultad para hallar su sentido nos empuja a pensar “lo que pasa” hoy en Valparaíso.²

Lo inédito “a pensar” desde luego no es ese mundo sin trabajo, del que los intentos de “pronosis social” nos vienen advirtiendo desde fines de los sesenta (con Daniel Bell a la cabeza).³ Bien sabemos que es uno de los rasgos más característicos de las sociedades postindustriales, y que cada modernización genera sus “residuos humanos”, es decir, personas cuyos oficios son innecesarios para la nueva sociedad.

Tal como hemos venido sosteniendo a lo largo de este libro, la gestión patrimonial de Valparaíso puede ser leída como la última modernización de la ciudad. Aunque el giro hacia el pasado nos despiste, de lo que se trata es de propiciar un motor económico de recambio y de “lanzar a Valparaíso al futuro:” a los circuitos del turismo, los servicios y el consumo cultural. Las labores portuarias se extinguen, las zonas estratégicas para su proyección futura son entregadas a proyectos inmobiliarios o “comerciales-recreativos”. La industria desapareció con los últimos intentos serios por hacer de Chile un país desarrollado y la

2.- Para un perfil problemático del Valparaíso actual ver nuestros trabajos *Valparaíso: patrimonio, mercado y gobierno*, Op. Cit. Y *Valparaíso reclamado. Demandas ciudadanas de la ciudad-puerto* (Pablo Andueza y Pablo Aravena editores), Valparaíso, Perseo Ediciones, 2014.

3.- Bell, Daniel, *El advenimiento de la sociedad postindustrial*, Madrid, Alianza, 1976. Ver también Gosta Esping-Andersen, *Fundamentos sociales de las economías postindustriales*, Barcelona, Ariel, 2000 y Daniel Cohen, *Tres lecciones sobre la sociedad postindustrial*, Buenos Aires, Katz Editores, 2007.

sociabilidad asociada a dichas labores fue barrida por las prácticas terroristas y antisindicales de la dictadura.

Valparaíso ha entrado en esta lógica, aunque sin abandonar las formas más brutas del trabajo físico. Lo que tienen en común una y otra es su absoluta precariedad, en este escenario no es casual que la organización sindical desaparezca o mute hasta hacerla casi irreconocible. En efecto, lo que nos preocupa aquí es esta forma de organización (sindical) que adopta el recuerdo. Más acotadamente nos preguntamos si la memoria tiene algún futuro en este nuevo marco. Paradójicamente –y esta es la primera parte de la propuesta– el *devenir para la memoria* del sindicato no es lo mejor que le puede pasar a la memoria (ni al sindicato). Pues si la memoria es ante todo un saber social ¿qué destino tiene ahora sin una nueva generación de trabajadores a quien instruir y de cuyas experiencias nutrirse? Al parecer el “devenir para la memoria” del sindicato es también el fin de la memoria: ya no habría nuevas experiencias que aumenten su caudal, ni un auténtico sujeto del saber que la invoque desde “un instante de peligro”. Sin posibilidad de supervivencia de la memoria no quedaría más que el archivo.

LA MEMORIA ES UN SABER

“En los hombres la experiencia proviene de la memoria. En efecto, muchos recuerdos de una misma cosa constituyen una experiencia. Pero la experiencia al parecer se asimila a la ciencia y al arte”.⁴

Aristóteles, *Metafísica*

Ciencia y arte –siguiendo a Aristóteles– son “formas de hacer las cosas bien”. Usualmente decimos que todo lo que reconocemos que está bien hecho “tiene su ciencia”: escribir bien, pintar bien, cocinar bien; todo tiene su ciencia y acaba siendo “un arte”. En nuestra cultura se termina escribiendo bien de tanto haber leído e intentado escribir, como se termina cocinando bien de tanto haber mirado a la abuela y de tanto ayudar a la madre; pura experiencia en la memoria. El destino último de este saber es un “hacer” (y no un contar), aunque desde luego, para que esto pase, hay que transferirlo, pero no a cualquiera. En efecto el saber de la memoria tiene esta particularidad, exige un vínculo previo. En primer lugar este lazo busca establecer la certeza de que el saber estará bien guardado y será bien usado, pero luego lo que se busca es perpetuar la existencia propia en/por otro/a, lo importante es que la práctica siga aunque sea “sin nosotros/as”, porque en realidad guardamos la ilusión de que en cada nueva práctica presente seguiremos estando; cada nueva táctica será posible por la experiencia aprendida a la que se suma una nueva. Es por eso que en cada nuevo “hacer” es-

4.- Aristóteles, *Metafísica* (Libro I), Madrid, Gredós, 1994.

tará nuestra presencia cuando ya no estemos. Pero hay también un cúmulo de experiencias aparentemente inútiles que tienen por fin instruir en el arte de darnos una vida buena.

Hasta ahora ha sido usual –solo por poner un ejemplo– que en reductos urbanos, exista todo un repertorio acerca de los asuntos “públicos”, desde cómo conducir las relaciones humanas cotidianas hasta las estrategias para afrontar y resolver el conflicto con la autoridad. Esta memoria pública está –igual que la definición clásica de política– asociada al uso de la palabra y del discurso. Ciudades como Valparaíso, que fueron centros industriales y de intercambio comercial, han sido un escenario privilegiado en sostener este tipo de experiencias. Su pasado cosmopolita funcionaba como una escuela en donde se aprendía desde muy temprano a tratar con el otro. Así mismo su población obrera organizada sindicalmente, aportaba el despliegue de acciones de negociación y lucha. Los sindicatos eran primeramente instituciones de defensa de los intereses obreros, pero también un importante espacio de instrucción ciudadana, espacios que guardaban una “memoria sindical” que aportaba modelos de cómo hacer las cosas bien. Aquellos formados en ese mundo contrastan hoy nítidamente con una generación desvinculada totalmente de él: los viejos y viejas del puerto, en esquinas y bares, en almacenes y reuniones de barrio, hablan bien y hablan fuerte, tienen opinión, se indignan ante el estado actual de cosas y discuten sobre posibles modos de solución.

La memoria es activa: selecciona, ordena y cita de acuerdo a las necesidades presentes del sujeto.

La memoria siempre corresponde a algo así como un proyecto o deseo. La potencia de esa memoria es proporcional a la fuerza del proyecto. Y es que “la memoria no debe entenderse como un espejo fiel o receptáculo neutro. Al contrario, es parcial, deformante, interesada (esto es proyecta su interés sobre el pasado)”.⁵ Es imposible entender el origen y función de la memoria como saber vital desligada del deseo, de lo que emana de una voluntad para, con la memoria, configurarse como proyecto. El “centro de gravedad” de todo acto narrativo es el presente. El sujeto (se) narra siempre desde y en su presente. “El relato –sostiene Ricoeur–, en efecto, representa al hombre activo que se orienta en las circunstancias que él no ha creado y despliega consecuencias que él no ha querido. Es, ciertamente, el tiempo del ahora que... donde el hombre es abandonado y responsable a la vez. Pero el carácter dialéctico de este ahora que... no aparece desplegado sino narrativamente en el juego del poder hacer y del orden del mundo”.⁶

Las memorias se encuentran, compiten y hasta pretenden excluirse en una verdadera lucha por el sentido. Es este el destino de una memoria pública (en franco retroceso). Observamos hoy una fractura histórica profunda que tiene que ver, entre sus causas más preponderantes, con la desaparición del vínculo social. Las instancias de reunión desaparecieron. No

5.- Cruz, Manuel, “Tiempo de narratividad (el sujeto, entre la memoria y el proyecto)”, en *Cuadernos del Taller N° 2*, Taller de Epistemología Social, Facultad de Humanidades, Universidad de Valparaíso, Valparaíso, 2003, p. 17.

6.- Ricoeur, Paul, *Texto, testimonio y narración*, Santiago, Andrés Bello, 1983, p.67.

hay generación de recambio que se interese por esas experiencias comunicables, al menos no como lo que son: herramientas para la vida (para las luchas que hay que dar en la vida) En resumen: no existirían condiciones para esa memoria. Podemos afirmar que “allí donde no existe un vínculo social fuerte no hay soporte ni material para construir memorias colectivas”.⁷ Pero además, como lo observara Richard Sennett en *La corrosión del carácter*, el tiempo de la vida de las actuales generaciones, sometidas al régimen de trabajo volátil y precario del nuevo capitalismo, es más bien discontinuo. En cambio la memoria del trabajo de la anterior generación se estructuraba en una narrativa lineal (la más adecuada para representar una vida de trabajo estable con una recompensa final): incluso, de existir el vínculo, la experiencia organizada en esa narrativa sería desestimada como poco útil en la medida que no hace sentido frente a los actuales desafíos.⁸

Hace un tiempo se viene repitiendo un cliché que no hace sino confinar lo que aquí llamamos interrupción de la tradición: el 2011 ante el llamado movimiento estudiantil, y el 2019 también a propósito del estallido de octubre, la explicación estándar fue la misma: los jóvenes han salido a las calles a defender sus derechos porque no conocieron la represión de tiempos de la dictadura, es decir que el miedo les era ajeno. ¿No será que en vez del miedo —o junto a él— lo que se ha

7.- Lechner, Norbert, *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*, Santiago, Lom, 2002, p. 75.

8.- Sennett, Richard, *La corrosión del carácter*, Barcelona, Anagrama, 2009.

perdido es la conexión con el pasado en su sentido más inmediato? En contrapartida pareciera descubrirse una tendencia en nuestra cultura contemporánea: mientras más el pasado se entroniza como materia de consumo (películas, libros, patrimonio) menos relevancia adquiere para efecto de nuestras vidas. La memoria así se nos revela no sólo como un saber cada vez menos posible, sino como un saber marginal y asediado.

La memoria y la utopía comparten el objeto: “lo que falta”. Pero la memoria lleva la ventaja de poner a disposición los hechos, lo que tuvimos o lo que fuimos, lo que fue alguna vez posible en la historia. Quien recuerda lo hace exigido por un presente que urge.

EL ARCHIVO Y LA TRADICIÓN INTERRUMPIDA

No podemos desatender el dato: son jóvenes (ligados al arte y a la historiografía) los que se interesan por los relatos de la Maestranza Barón. No es una nueva generación de obreros, sino “emprendedores de la memoria” en el concepto de Elizabeth Jelin.⁹

La memoria ya no será ese cúmulo de narraciones de experiencias transmitidas de boca en boca, sino un archivo. Para este caso una serie de relatos grabados en formato audiovisual (video digital) que estarán a disposición de aquel investigador (o, por qué no, del espectador) que se interese por ellos.

En estas circunstancias ¿en qué medida el

9.- Jelin, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI editores, 2002.

archivo puede ser considerado una prolongación o supervivencia de la memoria?

Habría que advertir en este punto que no todo retorno del pasado es memoria, ni historia. Las apuestas de la industria cultural (preponderantemente el cine y la televisión) nos llaman a engaño: se dice que hay un nuevo interés por la historia por parte de las grandes audiencias, cuando en realidad esas superproducciones no guardan ningún rasgo de la operación intelectual que define a la historiografía (la relación con ese otro del pasado que suscita en nosotros un extrañamiento en los propios modos). En cambio en esas superproducciones no hacemos más que reafirmarnos. Así lo ha advertido lúcidamente el historiador argentino Tulio Harperin Dongui al examinar este “acercamiento de la historia a la gente”: el “que para hacer más comprensible el pasado lo identifique con el presente”, el hecho de que se proclame “descubrir en un supuesto pasado –que es sólo una alegoría del presente– lecciones válidas para ese mismo presente, ignorando de que para que la historia del pasado pueda ofrecer esas lecciones necesita ser de veras historia del pasado, mientras que lo que se confecciona de esa manera no lo es en absoluto”.¹⁰

¿Qué tipo de relación con el pasado propicia el archivo? Aquí nuestra hipótesis es que el archivo es el modo de retorno del pasado en un mundo –como ya se ha adelantado– en donde la posibilidad de la memoria, tanto como la historia, se ha obturado. Sin embargo –nos apuramos a advertir– no se trataría de un pasado

10.- Harperin Dongui, Tulio, “El historiador y la tradición”, en: *Ñ. Revista de Cultura*, N° 343, El Clarín, Buenos Aires, 2010.

domesticado, enteramente dócil (que no nos interpela un ápice) como el de las mercancías culturales. En las iniciativas de archivo va una apuesta (aunque *débil*) por la “potencialidad crítica” del pasado. Débil porque es pasado sin historia ni memoria, es el pasado en tiempo de desengaños, finalmente un pasado sin sujeto (o en busca de sujeto). Y potencialmente crítico porque lo propio del archivo, lo que conserva para el futuro, son las anomalías, los heroísmos cotidianos, las pequeñas historia que no se dejan domar ni incluir en una sistematización formal, las digresiones, en fin, aquello que puede minar cualquier concepción tranquilizadora de la historia y de cómo hemos llegado a ser lo que somos.

El proyecto de un Archivo Oral de la Maestranza Barón (archivo del trabajo, de la industria, del sindicato) está concebido desde el inicio por sus gestores conscientes de que se custodian materiales explosivos. Historias que pueden “hacer saltar el continuum” del relato maestro de Valparaíso, ese relato que podemos comenzar a asumir de la memoria patrimonial de la ciudad que ya hemos aludido más atrás. Allí donde se cargan las tintas para un relato de “Valparaíso cultural”, estas historias nos avisan de un Valparaíso obrero, industrial y productivo. Justamente lo que se supone ya no puede ser Valparaíso (ni Chile).

El archivo es el pasado en busca de un sujeto. Pasado que puede ser actualizado como memoria. El archivo guarda la posibilidad en tiempos imposibles. He aquí su modesto valor.

**LA CONSTRUCCIÓN IMAGINAL DE
VALPARAÍSO PATRIMONIAL**

“Se trata de inculcar la cultura cristiana por medio de figuras y formas e imágenes dibujadas en muy amplios tapices” [...] “así, más fácilmente, se graba en la memoria, tanto por las pocas letras que los indios tienen, como porque ellos mismos encuentran especial atractivo a este régimen de enseñanza”.

Retórica Cristiana, 1579.

Hace mucho tiempo, sin duda más del que denota la *Retórica Cristiana*, que la humanidad es consciente de la eficacia de la imagen. ¿Qué prueba más clara de ello puede ser el constante asedio que se propuso el arte religioso de la contrarreforma –el barroco– en busca de la conmoción, excitación y temor de fieles e infieles? Arriesgando el anacronismo, proponemos aquí –de manera tentativa– alguna línea de continuidad entre aquel uso de la imagen y el presente.

“La ciudad de Valparaíso es *habitada visualmente*”, ha sostenido el filósofo chileno Sergio Rojas a propósito de la obra fotográfica *Valparaíso Revisitado* de Rodrigo Casanova.¹ Significa esto que existe un Valparaíso “editado” (en calendarios, postales, afiches

1.- Casanova, Rodrigo, *Valparaíso Revisitado*, Santiago, Lom, 2005.

de turismo, ropas veraniegas y souvenir) que ha ido conformando el imaginario visual de la ciudad, es decir una “imaginación disciplinada, regulada”.² Existen imágenes de Valparaíso que no podemos omitir, escenas obligadas para narrar la ciudad.

Acerca del origen de tales imágenes sólo podemos especular. Una posibilidad está en la “naturaleza” de la ciudad, nos referimos a ese tópico tan recurrente acerca de que ésta es una ciudad que se “autobserva”. En la medida que hay miradores establecidos y reconocidos, habrían también unas imágenes de la ciudad más fuertes (canónicas) que otras a la hora de armar el relato de la ciudad, imágenes de consenso: Valparaíso desde el Mirador Marina Mercante de Playa Ancha o desde el mirador de Cerro Barón, en el otro lado, o desde Cerro Artillería. (*fig. N°1*)



Figura N°1



Figura N°2

2.- Rojas, Sergio, “Deshabitar la ‘Postal’”, en: *Las Obras y sus Relatos II*, Santiago, Ediciones Departamento de Artes Visuales, Universidad de Chile, 2009, p. 87.

Habría que indagar en el registro pictórico y fotográfico desde cuando comienzan a aparecer estos paisajes como “imágenes fuertes” de la ciudad. Pero, independiente de esta investigación por hacer, resulta verosímil postular que la condición de posibilidad para la posterior masificación del “collage Valparaíso”, ha sido –nada raro, pues esa es su vocación– el cine. Y pienso fundamentalmente en dos tempranas realizaciones: *A Valparaíso* (Joris Ivens, 1963) y *Valparaíso mi amor* (Aldo Francia, 1969) (figs. N° 3 y N° 4), a las que del otro extremo temporal podríamos integrar *La luna en el espejo* (Silvio Caiozzi, 1990) y *Fuga* (Pablo Larraín, 2006).



Figura N°3a



Figura N°3b



Figura N°4a



Figura N°4b

Pero, con todo, se trata de cine arte chileno y como tal de una circulación y difusión restringida, de hecho es más probable que en el asentamiento de ese imaginario visual de los habitantes porteños tengan más que ver las caricaturas de lo pintoresco que Lukas instaló durante años por *El Mercurio de Valparaíso*, o con las postales que todavía se pueden escoger en los puestos de la feria del muelle Prat. Lo relevante, para efectos del presente, es que esta incipiente industria cultural “dispone” un inventario de imágenes de Valparaíso a sus habitantes o a quien recepcione sus productos.

Pero este tipo de producción no se compara con el marketing patrimonial promovido gubernamentalmente desde 1997 (año en el que comienzan las gestiones para hacer de Valparaíso “Patrimonio de la Humanidad”). La gestión patrimonial –fundamentalmente realizada por el municipio local, CORFO, el Ministerio de Educación y luego por el CNCA– recogerá, o más bien capitalizará o colonizará, el imaginario visual de la ciudad para diseñar la propaganda de la instalación de un nuevo modelo de desarrollo económico para Valparaíso: el turístico-patrimonial, en su intento de reemplazo del antiguo: el portuario. Esa propaganda tendría fundamentalmente tres destinatarios: los turistas (consumidores), los empresarios (inversionistas) y los propios habitantes (entendidos como “facilitadores”).

Desde el inicio de las gestiones para hacer de Valparaíso “Patrimonio de la Humanidad”, se ha llevado adelante un despliegue publicitario que busca acentuar la “riqueza cultural del puerto”, asumiendo un pre-concepto de cultura que se asocia a la lógica de lo espectacular:

culturales son las “casonas antiguas” de herencia europea, como también los bares y recovecos que nos remiten a una “bullante bohemia de puerto”, culturales también son los “ingenios de los ascensores”, la “antigua iglesia *La Matriz*”, la “excéntrica casa-museo” de Neruda, las “escaleras interminables” y las “casas colgantes” de los cerros, que el municipio promueve pintar de colores visibles desde el plan. Así se va armando un collage de la ciudad y que es al que nos remitimos cuando se nos pregunta por Valparaíso (*fig. N° 5*). La industria patrimonial ha venido conformando eficientemente un repertorio de objetos y épocas “dignas de ser recordadas”, que lentamente hemos ido asumiendo como la memoria de la ciudad. Se trata de una selección, pero también de una trama prefabricada, de la que “participamos” pasivamente, es decir, desarrollando y profundizando sus componentes. Como lo señalamos en el capítulo anterior, todo propende a la producción de un consenso sobre el sentido de la historia de Valparaíso: “nuestra constante ha sido la cultura y nuestro futuro es la cultura”.



Figura N°5

“Valparaíso: ciudad cultural”. La afirmación marca un deber ser. Así entendido, en la definición de la identidad patrimonial los habitantes de Valparaíso se juegan, no precisamente su pasado, sino su futuro: no da lo mismo asumir que la seña de esa identidad pasa por lo “bohémio, poético, exótico” (el “collage” Valparaíso) que insistir, por ejemplo, en el trabajo portuario. En un caso se asume el estereotipo comerciable y en el otro se afirma una estrategia de desarrollo de la ciudad que aparentemente no es la que se ha previsto (una suerte de “contra-identidad”). Es en este sentido que vislumbro la memoria portuaria como “memoria contrahegemónica”. Pues habría que tener presente que la extinción de las labores portuarias, como fuente de trabajo, no tiene que ver con un presunto “agotamiento natural”. El mar de Valparaíso es uno de los contados

lugares de la geografía de Chile que tiene la profundidad suficiente para proyectarse como puerto a lo menos por cien años más. Ese lugar es el sector norte del puerto (Barón). Pero “la ciudadanía” decidió (on-line) focalizar la actividad portuaria en el sector sur y levantar en el sector norte un gran proyecto comercial-recreativo.

Es inquietante constatar que ya en el grueso de los habitantes impera una “memoria patrimonial” de la que somos corrientemente entusiastas promotores. Cada “emprendedor” del patrimonio puede participar de la memoria de la ciudad “capacitándose” como guía de rutas patrimoniales, o bien armando una historia barrial o local que acentúe “lo bello”, “lo diverso”, “lo poético” e incluso “lo rebelde” de Valparaíso, las costumbres antiguas, el “cómo era aquí antes”, todo para ser ofrecido principalmente al turista. Así, por la necesidad –por la posibilidad de un ingreso– se va disciplinando la memoria. Se recuerda y narra lo que se supone el turista quiere escuchar, y se supone que quiere un relato que tenga sus momentos principales en el collage Valparaíso. Se crea la ilusión de diferencia participante por el solo hecho de aportar desde el barrio la pieza del rompecabezas que sería la memoria patrimonial de Valparaíso.

¿Podemos en esta circunstancia hablar de memoria propiamente tal? ¿No estamos en el terreno de la pura ideología? Habrá que considerar al respecto lo señalado por filósofo español Manuel Cruz: “Ahora, la selección nos viene dada: apenas hay lugar, con tanto regreso al pasado con el que se nos agobia por todas partes, para que los individuos *recuerden por su cuenta*.”

Resultado: la memoria ha sido desactivada. Ha dejado de pertenecernos, ni tan siquiera en parte”.³

Enfrentados a la gestión patrimonial no se puede hablar propiamente de memoria, pues el concepto es inseparable de otras dos categorías: las de sujeto y proyecto. La memoria es el saber propio del sujeto que organiza de un modo particular su pasado de acuerdo a sus dilemas presentes y proyectos futuros. Hablar de memoria a propósito de la industria patrimonial resulta, en estricto rigor, un abuso. Pues ¿la memoria de quien es el collage que reúne los contenidos del Valparaíso patrimonial? No hay memoria porque no hay sujeto. Esos contenidos, por decirlo de alguna manera (bastante imprecisa), “nos vienen desde fuera”: “quienes absolutizan la actividad mercantil suelen desentenderse de los sentidos acumulados en esa historia de los usos. Seleccionan un ritual o una época, y desprecian otros, según puedan convertirse en espectáculo vendible” ha sostenido García Canclini acerca de la industria del patrimonio.⁴ Esos fragmentos de Valparaíso, que se nos hacen pasar como la memoria de la ciudad, son los demandados por la industria del patrimonio y el turismo. Solo figuradamente podríamos decir que el

3.- Cruz, Manuel, *Las malas pasadas del pasado. Identidad, responsabilidad, historia*, Barcelona, Anagrama, 2005, p. 170.

4.- García Canclini, Nestor, “El Turismo y las Desigualdades”, p. 8. En *Ñ. Revista de Cultura*, Nº 120, El Clarín, Buenos Aires, 2006. François Hartog afirmará más tarde: “*Los lugares de la memoria* concluían en el diagnóstico de la ‘patrimonialización’, precisamente de la historia de Francia, sino es que de Francia misma”, en: *Regímenes de historicidad*, México, Universidad Iberoamericana, 2007, p.180.

collage del patrimonio es la “memoria del mercado”, pues es una fórmula imposible. Pero si bien el mercado no es un sujeto (no se plantea dilemas, no decide, ni es responsable), la memoria que impone –a partir de una apelación constante a la emotividad de los habitantes del puerto– encubre una “estrategia”, o, más bien limita, por impensables, otros proyectos posibles. Es así que por el encuadramiento de la memoria se allana el camino para eliminar oposiciones a un proyecto de ciudad que poco tiene que ofrecer a sus habitantes en términos de cantidad de puestos de trabajo, calidad de éste y bienestar. Por ello una de las formas de ejercer realmente la ciudadanía en Valparaíso pasa hoy por recordar “por sí mismos”, por la construcción de una memoria con futuro.

La lógica patrimonial –siguiendo el planteamiento de Walter Benjamin⁵– prefiere pensar la historia como la serie de bienes que Valparaíso le ha donado a “la Humanidad”. La idea de que la historia de la cultura es una constante adquisición de bienes que dan forma a un “inventario de lo que la humanidad se ha asegurado hasta hoy”, no puede ser sino aparente, una falsa conciencia. Pues “todo lo que abarca en el arte y en la ciencia tiene una procedencia que no podrá considerar sin horror. Debe su existencia no solo al esfuerzo de los grandes genios que lo han creado, sino en mayor o menor grado a la prestación anónima de sus contemporáneos”. “Jamás se da un documento cultural sin que lo sea al mismo

5.- Benjamin, Walter, “Historia y Coleccionismo: Eduard Fuchs”, en: *Discursos Interrumpidos I. Filosofía del Arte y de la Historia*, Buenos Aires, Taurus, 1989.

tiempo de la barbarie”. “Ninguna historia de la cultura ha dado cuenta de este estado fundamental de cosas y tampoco tiene perspectivas fáciles para poder hacerlo”. De este modo “la cultura”, reducida a los bienes de la Humanidad, se cosifica: “su historia no sería nada más que el pozo formado por momentos memorables a los que no ha rozado en la conciencia de los hombres ni una sola experiencia auténtica, esto es política”.⁶

Así se cosifica la cultura, se fosiliza la ciudad. Pero queda pendiente un problema. ¿De qué Humanidad nos hablarán los promotores del patrimonio si los únicos que gozan esos bienes son los sectores acomodados de nuestro país y los turistas del primer mundo? Hay un tufillo neocolonial en todo esto, porque pese a los carteles del marketing gubernamental, Chile sigue siendo un país subdesarrollado, hoy más dependiente que ayer. ¿Qué otra cosa que administrar el subdesarrollo puede significar para un país como el nuestro el “incorporarse” a la globalización?⁷ Tal como lo ha sostenido Pau Faus: “La transformación urbana que está sufriendo Valparaíso está dando la espalda a sus habitantes más humildes. Así, mientras la reducida área patrimonial de la ciudad se embellece y se acondiciona para satisfacer las necesidades del lucrativo turismo, el resto de los cerros envejece y contempla con resignación como las generaciones más jóvenes se trasladan, año tras años, a las torres a las torres habitacionales que crecen

6.- Benjamin, Walter, “Historia y Coleccionismo: Eduard Fuchs”, pp. 100-102.

7. - En este sentido el epígrafe de José Joaquín Brunner con que abrimos este libro.

imparablemente a las afueras de la ciudad. El futuro se antoja aquí melancólico”.⁸



Figura N°6a



Figura N°6b

La detección de prácticas de *automuseificación* de la ciudad por parte de los habitantes (*fig. N° 6*), puede ser interpretada como síntoma de un fenómeno mayor: la internalización, a rango de “sentido común”, del relato maestro de la gestión patrimonial. Los habitantes de Valparaíso comienzan a recordar y valorar un inventario de lugares, motivos, épocas y personajes casi idéntico al que traen como expectativa los turistas. Esa “memoria del mercado” que aludiéramos más arriba comienza a hacerse carne en los individuos. A esto se le denomina –en la jerga de las ciencias sociales– *sub-*

8.- Faus, Pau, “La Eterna Disidencia. Modernidad, Localismos y Autonomía”, en: *Cohabitaciones. Patrimonio, Taxidermia y Autoconstrucción en Valparaíso*, Barcelona, CRAC Valparaíso / Can Xlant Centre de Creació y Pensament Contemporani de Mataró, 2011, p. 40.

alternización. Los habitantes de la ciudad empiezan a recordar o imaginar lo mismo que los turistas.

La historia de Valparaíso entonces se deja narrar como aquella “historia de la cultura” en la que comienzan a desaparecer –casualmente– aquellos episodios y procesos históricos que pudiéramos entender como “los secretos del presente”. Episodios desagradables, poco decorosos, escenas de lucha social, enfermedad, hacinamiento y muerte: sus “documentos de barbarie”. Pero no se crea que el hacer hincapié en estos episodios tiene que ver sencillamente con otra línea editorial, con el relato del resentimiento. Necesitamos estos otros trazos de la historia de la ciudad para comprender qué es lo que está todavía pendiente en este presente, qué se perdió, qué falta y con qué contamos para conseguirlo. ¿El modelo patrimonial turístico, por sí solo, soluciona la problemática social de Valparaíso? La razón nos indica que no,⁹ pero nuestro anclaje sentimental –que es en donde se ha alojado la memoria patrimonial– nos deja presos en la nostalgia de un puerto que ya no existe. Hay algo de una extensión artificial del duelo como perverso goce que nos compensa por nuestra impotencia histórica, por nuestra incapacidad de construir proyectos colectivos que disputen la idea de ciudad que llevan adelante otros. Necesitamos citar y hacer circular esas greñas de la historia de Valparaíso que no se han tejido en la trama

9.- Al respecto se puede consultar en Internet el Informe realizado por Pablo Trivelli: *The sustainability of urban heritage preservation: interventions to support economic and residential investments in urban Heritage areas of latinamerica and the caribbean (rg-t1620): case study Valparaíso*, Disponible en: www.prduv.cl

de la memoria patrimonial. Las necesitamos para “hacer saltar el *continuum*” de este relato y así evidenciar su artificialidad y arbitrariedad. Habrá que recordar en este punto que la objetividad es tan solo la forma que adopta la subjetividad universalizada, aceptada y reproducida en el cotidiano por su utilidad y facilidad para estar de acuerdo (su comodidad).

Habrà que insistir en este punto en lo señalado arriba por Néstor García Canclini: la gestión patrimonial selecciona qué pasado exhibir. ¿Por qué la gestión patrimonial, otra vez, a la hora de restaurar un edificio no reconstruye la fisonomía que este adquirió cuando pasó de casona de familia rica a cité? ¿No es auténtico esto también? ¿Qué privilegio en la memoria puede tener la primera ocupación del edificio por sobre las que vinieron? ¿Por qué no conservar trazos de todas las ocupaciones que sufrió? ¿Por qué borrar las huellas de las apropiaciones que vinieron cuando esa familia huyó de un Valparaíso demasiado proletarizado? Sin duda que de este modo la memoria patrimonial dejaría de ser algo que “se deja narrar”.

Podemos ofrecer al menos tres modos posibles de propiciar la interrupción del *continuum* de la memoria patrimonial. El primero es la investigación historiográfica, siempre que camine en el sentido de una “operación” específica reglada por una institución, y que tiene que ver –sin entrar en demasiado tecnicismo– con la forma de tratar con el pasado recién aludida (no se trata de reconstruir bien, sino, además, de problematizar y explicar bien). Claro que este trabajo, dado la pérdida de autonomía (económica y política) de nuestras

universidades, se hace cada vez más escaso. Como ha sostenido Enzo Traverso: “Los centros de investigación y las sociedades de Historia Local se incorporan a los dispositivos de ese turismo de la memoria, de donde obtienen a veces los medios de subsistencia. [...] Con frecuencia el historiador es convocado a participar en este proceso en calidad de ‘profesional’ y ‘experto’, quien según las palabras de Oliver Dumoulin, hace de su conocimiento una mercancía, como el resto de bienes de consumo que inundan nuestras sociedades”.¹⁰

El segundo modo tiene que ver con la memoria social, que para el caso de Valparaíso vale decir la memoria que mantienen las agrupaciones portuarias y algunas comunidades de barrio o cerro. La memoria social se caracteriza por ser inoportuna, es el relato que viene ante la pregunta ¿por qué estamos en esto? ¿Por qué hemos perdido lo que teníamos? O simplemente adopta la forma de una nostalgia por tiempos mejores, es decir, tiempos en los que se vivía mejor.¹¹ La memoria social de Valparaíso sabe cómo se lograron las conquistas de los trabajadores y también cómo se perdieron, y quienes tuvieron que ver con ello. Como lo ha expresado coloquialmente Gabriel Salazar: a la memoria social “no se le pasan gatos por liebre”, no le vienen con los cuentos de la “historia culta”.¹²

10.- Traverso, Enzo, *El pasado instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, Madrid, Marcial Pons, 2007, p. 14.

11.- He recopilado algunos relatos de esta memoria social portuaria en mi libro *Trabajo, memoria y experiencia. Fuentes para la historia de la modernización del puerto de Valparaíso*, Op. Cit.

12.- Salazar, Gabriel, “Memoria Social y Movimiento Popular: Pasado y Proyección”, en: *Volver a la Memoria*, (R. Olea y O. Grau



Figura N°7a

Figura N7b

El tercer modo es el arte. Y volvemos aquí al comienzo a modo de ejemplo, a la obra de Rodrigo Casanova *Valparaíso Revisitado* (fig. N° 7). La fotografía de Casanova es una “contrapostal”. Cita lugares y tiempos que no están considerados en imaginario alguno. En este sentido ejerce una fuerza interpelante en quien observa. Otra vez, hace aparecer lugares, situaciones y escenas que no “se dejan narrar”, pero que sabemos “se dan”, existen y por lo tanto nos hacen tomar igualmente conciencia de la artificialidad del relato patrimonial, de su selección de lugares y episodios. La obra de Casanova “interrumpe”, como el arte en general. Se trata de una incomodidad similar a la que experimenta el historiador frente al pasado, pero en este caso frente al futuro, a lo “todavía no acaecido”, lo “todavía no posible”. Hablamos

compiladoras), Santiago, Lom / La Morada, 2001.

de esa experiencia por la que todos hemos pasado al no entender para nada una pintura surrealista, un arte de vanguardia: "...el arte contrasta con el mundo presente y se transforma en su crítica más radical justamente cuanto más contrasta con él: el 'arte autónomo', el que menos 'refleje' la realidad, es por ello mismo el más insobornablemente *político*".¹³

En "Valparaíso Cultural" hay historiadores e historiadoras, hay agrupaciones gremiales y sociales, hay artistas por doquier. Habrá que ver ahora qué tipo de historia, de memoria y de arte hacen. Qué pueden hacer por pensar distinto a Valparaíso.

13.- Grüner, Eduardo, "Recuerdos de un Futuro (en ruinas)", en: Marcelo Percia (Comp.), *Ensayo y Subjetividad*, Buenos Aires, Eudeba, 1998, p. 52.

EL INCENDIO QUE VIMOS O LA INTERRUPCIÓN DE LA POSTAL*

* Versión modificada del capítulo del mismo título incluido en el libro *Memorias de la ceniza*, (Justo Pastor Mellado editor), Valparaíso, Perseo Ediciones, 2014.

“Desconfiemos, por lo tanto, de las palabras que acompañan la exposición de nuestros pueblos”.

Georges Didi-Huberman,
Pueblos expuestos, pueblos figurantes, 2014.

I

Una de las formas en que se realiza la destrucción de Valparaíso son sus constantes incendios. Aunque existen condiciones propicias en los meses de verano (viento, alta temperatura, poca humedad) los informes oficiales establecen que casi la totalidad de ellos son provocados intencionalmente, pero sobre los móviles (el por qué) no podemos más que especular: siempre suena fuerte el rumor de la industria inmobiliaria cuando los incendios son en la parte alta de la ciudad.

El doce de abril del 2014 presenciamos uno de los incendios más feroces del último tiempo, casi la mitad de los cerros de Valparaíso resultaron quemados. De esta manera terrible emergió un Valparaíso que habíamos perdido de vista tras la gestión patrimonial

y su circulación de imágenes promocionales. Y es este aspecto de aquella tragedia sobre el que nos interesa indagara aquí.

Puede parecer obsceno ocuparse de los espectadores y no de las víctimas –al menos no directamente– del más grande incendio de Valparaíso, pero lo hacemos para abocarnos a otra forma de victimización de las mayorías, por así decirlo “estirando” el concepto de víctima: los espectadores son también víctimas, pero del espectáculo de la catástrofe del incendio de Valparaíso. No se trata de homologar experiencias para finalmente relativizar o disolver el dolor de quienes se vieron entre las llamas. Al contrario, se trata de indagar en la mediación que posibilita su visibilidad y que termina explicando la disposición que adoptan los espectadores para con ellos, pues en ese “aparecer ante el país” se efectuaría un segundo embate –nada natural, ahora puramente artificial o humano– que los haría *desaparecer* como sujeto, como pueblo. Si los espectadores somos víctimas del espectáculo, los pobladores lo son doblemente: despojados por el fuego y espectacularizados por los medios.

II

Desde que desapareció el cine social, y vino a su lugar el cine patrimonial, que se nos habían perdido esas otras imágenes de Valparaíso, las que vimos ahora entre las llamas por televisión: las del cerro bien arriba y por el otro lado. Desde ahí precisamente partía la cámara de Aldo Francia en *Valparaíso mi amor* (1969),

con la escena de un “cuatreo”, práctica de subsistencia bandida típica del campo chileno, pero que el bajo pueblo migrado revitalizó en la ciudad-puerto una vez que sus expectativas de mejores oportunidades se frustraron, por allá a fines del siglo XIX. En ese momento Valparaíso se “re-ruralizó” y las quebradas, de este y el otro lado del cerro, comenzaron a llenarse de casuchas, chacras, corrales, gallineros y chancheras. Son esos cerros los que recorre el padre Jaime en *Ya no basta con rezar* (Aldo Francia, 1972), ya en una etapa avanzada (e ideal) de proletarización del puerto.

Pero esa elaboración visual del pueblo de Valparaíso ya no está disponible, no circula, paradójicamente en un momento en que estaría todo dado para que circule (está todo “en línea”). Sencillamente no es atractiva, resulta “indeseable” por “conflictiva”, podríamos decir. Aunque no imparcial —pues el doctor Francia nunca lo quiso ser—, era ese un tratamiento visual razonado, es decir, estaba hecho para “dar que pensar”, para ofender nuestros sentidos, y de entre ellos el que más nos engaña: el sentido común.

Ese Valparaíso desapareció de nuestra cultura visual. Aquel “cine rojo” fue proscrito por la dictadura, mientras que el Chile democrático (postdictatorial) privilegió otros productos culturales en su “apertura”. Privilegió “la cultura”. Y así Valparaíso se culturalizó por vía de su patrimonialización. De pronto los pobres eran solo los pobres del pasado y cuyas únicas prácticas eran la cueca chora, la venta de tortillas, motemei, el chinchín y el organillo. Pobres adorables que cumplían con reducir la sensación de inseguridad y angustia de los turistas para

que vinieran a mirar, a hospedarse, a cenar con vista al mar, y de paso dejar algo a la economía local. (A falta de trabajo buenos son los turistas).

III

Por un instante se interrumpió la postal patrimonial y los pobres de Valparaíso fueron visibles. Emergieron en los diarios y la televisión de la única manera que va siendo posible en nuestro país: como paisaje humano en donde peor golpea una catástrofe “natural”. Es allí, donde viven los pobres, que los medios pueden trabajar como en una cantera extrayendo piezas de dolor, amargura y miseria para hacer noticias (para reconfortarnos en un “menos mal que a nosotros no nos pasa”). Ya lo habíamos visto a propósito del terremoto del Norte Grande, en Alto Hospicio, un lugar del que no sabíamos casi nada, hasta que un psicópata recorriera ese desierto violando y matando. Porque esta es la otra manera en que aparecen los pobres: violando y matando, siendo víctimas y victimarios de crímenes que supuestamente no se dan en ningún otro medio (la TV nos mostró hace poco como una mujer “celosa” asesinó a su amante y lo desmembró para luego hervir sus partes en una gran cazuela).

Los pobres invariablemente se ven enredados con lo tremendo y lo inconcebible, con aquello que está siempre al límite de la humanidad. “Si se comportan así tienen lo que se merecen”. (Resulta abismante constatar cómo, pese a tanta tecnología mass media y su supuesto efecto democratizador del saber, se extiende un hilo de

continuidad entre aquellos modos de aparición de los pobres del siglo XVIII, que tan bien describiera Foucault en *La vida de los hombres infames*, y los nuestros: para que supiésemos algo de esas existencias grises éstas debían salirse de la norma, ser juzgadas y condenadas, era necesario que “se posase sobre ellas, una luz que les venía de fuera: lo que las arrancó de la noche en la que habrían podido, y quizá debido, permanecer, fue su encuentro con el poder; sin este choque ninguna palabra sin duda habría permanecido para recordarnos su fugaz trayectoria”: “Jean Antoine Touzard ingresó en el castillo de Bicêtre el 21 de abril de 1701: ‘Apóstata recoleto, sedicioso, capaz de los mayores crímenes, sodomita y ateo hasta la saciedad; es un verdadero monstruo de abominación que es preferible que reviente a que quede libre’”).¹

Esta vez aparecieron nuevamente para que no pudiéramos verlos. Aparecieron para ser desaparecidos. Porque esas imágenes televisivas eran inmediatamente domesticadas con el comentario ad-hoc del conductor del noticiero o el matinal, sumidas en el estereotipo del “pueblo golpeado”, “pueblo que se levanta”, el “vamos chileno” y la consecuente cadena “solidaria”. Lo mismo que con Alto Hospicio, nada se sabía de los cerros Las Cañas, Ramaditas o La Cruz hasta este desastre colosal. Nunca estuvieron dentro del inventario de lo fotografiable en Valparaíso, de los lugares que había que conocer. De la nada pasaron a una sobreexposición de semana completa en la TV y los periódicos, hasta ser sacados

1.- Foucault, Michel, *La vida de los hombres infames*, Madrid, La Piqueta, 1990, pp. 180-181.

de programación, de la agenda noticiosa. Sí, los medios debían mostrar, pero como –muy en su lógica– nunca se habían ocupado de estas pobladas, poco se podía entender de qué se trataban esas vidas. La nota o el reportaje no pueden más que rozar la realidad y por tanto encubrirla en buena medida. Como advirtiera Benjamin a propósito de los periódicos: “la práctica del reportaje cuyos clichés visuales no tienen otro efecto que el de suscitar por asociación, en el que mira, clichés lingüísticos” (*Pequeña historia de la fotografía*, 1931).

Entonces el pueblo de los cerros de Valparaíso ha perdido sus casas y sus bienes, pero también han sufrido el despojo de su imagen, han aparecido a costa de no ser ellos. Es otra censura, quizá más eficiente que la usual, la que se ejecuta en “la sobreexposición, el espectáculo, la piedad mal entendida, el humanitarismo gestionado con cinismo” (Didi-Huberman, *Pueblos expuestos, pueblos figurantes*, 2014).

Los pobres expuestos en su integridad constituirían una verdad demasiado insoportable para la ciudad Capital Cultural de Chile. Son nuestro “documento de barbarie”.

LA TENTACIÓN PATRIMONIALISTA DE LA HISTORIOGRAFÍA*

* Versión modificada del artículo "Patrimonio, historiografía y memoria social: 'presentismo radical' y abdicación de la operación histórica", en *Diálogo Andino* N°45, Universidad de Tarapacá, 2014, pp. 77-84.

El avance del registro patrimonial como forma preeminente de relacionarnos con el pasado ha de ser pensada al menos a partir de dos fenómenos adyacentes: la crisis de la historiografía moderna y la extinción de la memoria social, ambas formas de acceder al pasado destinadas a una mutua interpelación crítica. En su lugar hoy tendríamos dos formas equivalentes a ellas, pero que, en cambio, conviven en un acuerdo implícito: localismo patrimonial y patrimonialismo “desde abajo”. Serían formas propias de un “presentismo radical” que obturan la posibilidad de la historia como disciplina y como campo significativo de la acción humana, pero más allá de un celo disciplinario, la falta de la historiografía o la memoria social implicaría el avance de un tipo de relación con el pasado pocas veces contradicha o puesta en cuestión.

Así como hemos ya criticado la imposición de imágenes estereotipadas de la ciudad, ahora se trataría de relatos únicos de la ciudad.

Los vínculos entre gestión patrimonial y construcción de hegemonía cultural han sido bien descritos, principalmente por los trabajos de Néstor García Canclini.¹ No obstante, los efectos de una suerte de “seducción patrimonial” sobre los historiadores no han sido adecuadamente estudiados, ni medidos sus alcances sobre lo que Michel de Certeau denominó “la operación histórica”. Pues, en contra de lo aparente, —y como lo ha planteado Hartog— el auge del patrimonio no equivale a un interés por el pasado, ni menos por la aproximación historiográfica a él, más bien “la importancia que ha adquirido en nuestras sociedades el patrimonio tiene que ver con que es una manera de negociar con el presentismo”.²

El patrimonio vendría a ser la forma de relacionarnos con el pasado correspondiente a un “régimen de historicidad” presentista, esto es, economizando el planteamiento de Hartog, el predominio de la categoría de presente, por sobre las de pasado y futuro: el pasado se descarta bajo la afirmación de que vivimos hoy un tiempo absolutamente inédito, a la vez que el futuro es

1.- Principalmente “Los usos sociales del patrimonio”, en *Patrimonio etnológico. Nuevas perspectivas de estudio*, Consejería de Cultura, Junta de Andalucía, 1999. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Paidós, Barcelona, 2001. *La sociedad sin relato: antropología y estética de la inminencia*, Buenos Aires, Katz, 2010.

2.- Aravena, Pablo, “La historia en un tiempo catastrófico. (Entrevista con François Hartog)”, *Cuadernos de Historia N°40*, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, 2014.

percibido como un tiempo catastrófico cuyo acaecimiento hay que retardar. No obstante, se trata de un fenómeno que no debe ser “asumido” sencillamente como un fenómeno epocal (como una mutación ontológica que se nos impone) sino ponderado y sopesado, en tanto implica el suplantamiento de un modo de relacionarnos con el pasado que propiciaba la crítica del presente. Cualidad esta propia no solo de la historiografía moderna, sino también de la memoria social en sus encuadres más políticos.

En este capítulo nos proponemos la revisión de dicho fenómeno, poniendo atención en los matices que se pueden agregar en un país como Chile, en que el subdesarrollo ha sido adoptado como modelo de desarrollo. Para el caso esto significa asumir, por ejemplo, cómo se ve afectada una producción historiográfica, fundamentalmente concentrada en centros universitarios, cuando éstos son empujados a buscar alternativas de autofinanciamiento, o cuando un contingente creciente de egresados sin expectativas de trabajo debe asumir la captación fondos concursables, o la prestación de los servicios exigidos por el mercado, como único sostén de sus vidas. Si bien esto implica usualmente –aunque no fatalistamente– una abdicación de la “operación histórica” por parte de unos historiadores ahora entregados a la “asesoría técnica” para rescatar el pasado, el peligro del abandono de la crítica del presente se refuerza al verificar los efectos del presentismo en lo que hasta aquí habíamos identificado como memoria social: el relato de un sujeto que, en la construcción de su proyecto, fuera capaz de interpelar las rigideces de la institución

historiadora. Esa memoria, como la subjetividad en que tiene lugar, está hoy permanentemente asediada, sea por la industria de la memoria, los fenómenos de hegemonía ligados a la producción de patrimonio que señalábamos al comienzo, como por la descomposición de las formas tradicionales de sociabilidad en que se fraguaba la memoria. La ya señalada precarización del trabajo y de la vida en general, como rasgo de una sociedad refundada en el neoliberalismo, actúa como acelerante de tal descomposición.

Partimos del planteamiento de que en países tan precarizados como Chile experimentamos un “presentismo radical”, en donde las lógicas culturales globalizadas refuerzan sus efectos al engarzar con unas condiciones materiales de existencia que impiden la más mínima proyección a futuro, es decir, en donde la sobrevivencia se ha convertido en la norma de la mayor parte de la sociedad, donde “el estado de excepción se ha convertido en el estado permanente”.

Pese a las apariencias, los actuales agenciamientos ciudadanos que hacen suya la bandera del patrimonio (en una suerte de “patrimonialismo desde abajo”) serían justamente la expresión de una política sin futuro, es decir la política del presentismo, en donde la demanda por la conservación de lo propio ocupa el lugar vacío antes ocupado por la construcción de lo nuevo.

La construcción de patrimonio hoy cada vez tiene menos que ver con la afirmación de la Nación, tal como lo había sido desde la Revolución Francesa hasta aproximadamente los años sesenta. Hoy nos enfrentamos a una producción de patrimonio que se relaciona

directamente con un mercado mundial del turismo y la cultura, todo ello mediado por la institucionalidad ad-hoc: la UNESCO y las empresas por las que externaliza sus funciones. Por lo tanto problematizar hoy la relación entre historiografía y gestión patrimonial equivale a decir la relación de los historiadores y una de las actividades más desarrolladas del capitalismo avanzado o postindustrial, con todas las peculiaridades que puede darse en un contexto de subdesarrollo, dependencia y precariedad.

En este sentido, nuestra reflexión se dirige a un tipo particular de producción historiográfica, la que se identifica usualmente con el rótulo de Historia Local. Lo que sea esta, su estatuto dentro de la propia disciplina es una nebulosa, indefinición que la autoriza para plegarse a proyectos de fines diametralmente opuestos. La fórmula de la Historia Local hasta el día de hoy es rechazada como una verdadera antinomia por los historiadores más clásicos, tolerable sólo bajo la forma de una monografía destinada a componer el “rompecabezas” de una Historia Universal. Aunque más problemático aun es su rechazo por parte de los mismos promotores de la “reducción de escala” –los cultores de la microhistoria– como una actividad absolutamente trivial (principalmente Ginzburg y Levi como veremos más adelante).

Por otra parte, no podemos olvidarnos que en el Chile de los ochenta la Historia Local fue invocada desde distintas ONGs como una fórmula para revitalizar el lazo social en vistas de la constitución de sujetos. Una apuesta por el “efecto positivo de la historia sobre la auto-

estima social”,³ deudora de los postulados de la Historia Popular de Raphael Samuel. Propios de esta apuesta son los discursos de las “identidades locales” o “barriales” que fueron a entroncar, en el Chile de mediado de los noventa, y hasta hoy, con la apuesta por la identidad, ya no para la acción, sino para la “resiliencia”, una vez que la mayor parte de las ONGs mudaron su sentido (como también sus fuentes de financiamiento).

Si alguna vez la Historia Local llegó a tener algún grado de reconocimiento disciplinario fue a partir de estas experiencias ligadas a una resistencia cultural de las que se desprendía alguna potencialidad política. Apuesta nada inédita si consideramos, por ejemplo, el planteamiento de José Martí cuando, en su memorable *Nuestra América* (1891), rechazaba una historia universal como historia de Europa: “la historia de América –sostenía–, de los incas a acá ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñen los arcontes de Grecia”.⁴ Esto en el proyecto de que “conocer el país,

3.- Sobre esto ver los planteamientos de Mario Garcés en “La utilidad de la historia para los movimientos sociales”, en: Web del Centro de Estudios Miguel Enríquez CEME, www.archivochile.com “Reconocerse con historia (...) representa un salto cualitativo en la conciencia y en la afirmación de una determinada identidad social de un grupo o individuo, ya que al traer el pasado al presente las personas o grupos se pueden reconocer en sus acciones, en sus capacidades, en sus saberes, en una palabra, en su propia condición de sujetos (...) la historia del barrio o la población genera sentimientos de unidad o de un ‘nosotros’, vecinos y habitantes de un mismo barrio”. “Valoramos el esfuerzo de hacer historia local, no solo porque refuerza la autoestima, sino por la integralidad del trabajo que puede articular a distintos actores dentro de una totalidad, a clubes de ancianos, jóvenes, niños, a los profesores, juntas de vecinos...”

4.- Martí, José, “Nuestra América”, en *Nuestra América*, Caracas,

y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de las tiranías”. Con anterioridad, o desligada de esta intencionalidad decolonial, era una actividad más bien ligada a anticuarios, coleccionistas, folcloristas, autoctonistas y a discursos provincianos de alguna pretensión reivindicativa, cuando no deudores del puro chauvinismo.

En este punto nuestra hipótesis –bastante modesta por lo demás– es que es precisamente este uso “pre-historigráfico” el que se ha revitalizado como coadyuvante de la gestión patrimonial, pero con una modificación importante: hoy la Historia Local está dentro –o al alero– de muchos departamentos de historia (sobre todo en regiones). A nuestro juicio por dos motivos fundamentales: el descalabro teórico posmoderno –que ha ido a parar en una fragmentación herderiana de la historia–⁵ y la búsqueda de financiamiento. De este modo ahora la Historia Local no es un “arte menor”, sino que está en condiciones de entregar a la industria patrimonial lo que requiere: una legitimación por vía de un prestigio institucional externo. El patrimonio es una industria donde se mueven sumas a las que los “científicos del pasado” no pueden resistirse. Ya hemos citado más arriba la aguda y trágica observación de Enzo Traverso: “Los centros de investigación y las sociedades de Historia Local se incorporan a los dispositivos de ese turismo de la memoria, de donde obtienen a veces los medios de subsistencia. [...] Con frecuencia el historiador es convocado a participar

Biblioteca Ayacucho, 2005, p. 34.

5.- Al respecto ver Antonio Gómez Ramos, *Reivindicación del centauro. Actualidad de la filosofía de la historia*, Madrid, Akal, 2003.

en este proceso en calidad de ‘profesional’ y ‘experto’, quien según las palabras de Oliver Dumoulin, hace de su conocimiento una mercancía, como el resto de bienes de consumo que inundan nuestras sociedades”.⁶ La producción de patrimonio se legitima y se ayuda con el trabajo “técnico” de historiadores, arqueólogos y arquitectos.

Pero pese a la sofisticación de las técnicas, la Historia Local no ha cambiado su signo antiguo. Podríamos introducir el concepto de *obstáculo epistemológico* (Bachelard) para referirnos a la significación de esta vieja nueva versión de Historia Local, pues esta se presenta como el avance de un “arcaísmo historiográfico”. Es decir, por una parte retrotrae la historiografía a preconceptos y nociones que la aproximan al irracionalismo (por ejemplo: el peligro latente de esencialismo en la apuesta por “la identidad” y “lo propio”), y por otra, en su dimensión más pública, termina prestando insumos para la construcción de una memoria colectiva en clave patrimonial que, según los rendimientos mostrados (pensamos tanto en el caso emblemático de Valparaíso como en las apuestas escolares por la Historia Local), sólo puede ser pensada como un fenómeno de hegemonía cultural.

Si consideramos que las versiones más “progresistas” de esta Historia Local implican el trabajo exclusivo con la oralidad en que se sustentan preferentemente estas “experiencias locales”, podemos sumar el peligro de la confianza irrestricta en la memoria. En estricto rigor la memoria, junto con aportar información importante, es también la fuente de lugares comunes y terreno preferente

6.- Traverso, Enzo, *El pasado instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, Marcial Pons, Madrid, 2007, p. 14.

de lo que en un sentido amplio podemos denominar ideología. La tan humana escala familiar y barrial es ante todo hoy –por ejemplo, a causa del determinante influjo de los medios– un campo privilegiado para la reproducción y reforzamiento de preconcepciones.

Habría que tener presente el recelo que últimamente profesaba Reinhart Koselleck para afirmar este planteamiento:

“Lo de la ‘identidad colectiva’ vino de las famosas siete *pes* alemanas: los *profesores*, los sacerdotes [*priest*], los *políticos*, los *poetas*, la *prensa...*, en fin, personas que se supone son los guardianes de la memoria colectiva, que la pagan, que la producen, que la usan, muchas veces con el objetivo de infundir seguridad o confianza en la gente... Para mí todo experiencia que no sea la mía propia. Yo contesto: ‘Si no les importa, me quedo con mi posición personal, individual y liberal, en la que confío’. Así pues, la memoria colectiva es siempre una ideología”.⁷

La gestión patrimonial funciona en base a una “puesta en valor” de ciertos objetos, acontecimientos, épocas y personajes del pasado, los que mediante la prestación de servicios de los profesionales de la memoria y un despliegue *massmediático*, terminan instalando una memoria del lugar. Se trata de una selección, pero también de una trama pre-fabricada, de la que “participamos pasivamente”. En este proceso el uso

7.- Koselleck, Reinhart, “Me desagrada cualquier memoria colectiva”, en *Ñ. Revista de Cultura*, N° 130, El Clarín, Buenos Aires, 2006.

de la Historia Local preexistente y la promoción de una nueva, es decir, con más brillo, con técnicas más eficaces de exhumación y cultores de la joven generación, resulta fundamental. En distintos lugares se ha impuesto una “memoria patrimonial” de la que los individuos son corrientemente entusiastas promotores. Cada “emprendedor” del patrimonio puede participar de la memoria de la ciudad “capacitándose” como guía de rutas patrimoniales, o bien armando una historia barrial.

Habría que recordar que no todas las formas de acceder al pasado son históricas y que la *operación histórica* (de Certeau) no se define, en lo fundamental, por los métodos de que se vale, sino por la operación intelectual específica que realiza: su efecto desnaturalizador y por fuerza crítica de lo existente. Allá con sus negocios los guías turísticos, los anticuarios, los coleccionistas y nostálgicos. Acá la historiografía y, desde luego, la memoria social cuando se aproxima al pasado con la urgencia del “por qué” de un presente cada vez más injusto y ajeno. Téngase en cuenta lo anotado por el Benjamin del *Libro de los pasajes*, cuando en uno de sus innumerables fragmentos anota: “La exposición materialista de la historia lleva al pasado a colocar al presente en una situación crítica”.⁸

Como lo hemos señalado arriba, más lapidario e interesante ha sido el rechazo de la Historia Local por parte de la Microhistoria. Carlo Ginzburg, y últimamente Giovanni Levi, han sido tajantes en dejar en

8.- Benjamin, Walter, *Libro de los pasajes*, Madrid, Akal, 2005, p. 473.

claro que lo propio de la Microhistoria no es sólo la famosa “reducción de escala”, sino que tal disposición se justifica en el cómo se sigue planteando un problema historiográficamente una vez que se ha abandonado la ontología que llevaba implícita toda historiografía hasta los años sesentas. No hay Microhistoria sin un gesto autorreflexivo.

Ginzburg —en una afirmación de signo autobiográfico— ha definido la nueva apuesta asumiendo su deuda intelectual con Siegfried Kracauer (uno de los intelectuales de la órbita de la Escuela de Fráncfort): “la realidad es fundamentalmente discontinua y heterogénea. Por lo tanto ninguna conclusión obtenida a propósito de determinado ámbito puede ser transferida automáticamente a un ámbito más general”.⁹ Pero la disposición no elimina la dimensión problemática del trabajo historiográfico, sino que la redefine para no abandonar la apuesta cognoscitiva. La Microhistoria no renuncia a los problemas generales, sino que los trata vistos a propósito de un particular. Sin problema no hay historiografía. Por aquí pasa precisamente el deslinde que Levi realiza —con vehemencia— a propósito de una reciente conversación con el historiador chileno Eduardo Cavieres:

“La historia local reaccionó a la microhistoria, afirmándose en el dicho de que había historiadores que decían: yo siempre he hecho microhistoria, porque

9.- Ginzburg, Carlo, “Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella”, en: *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010, p. 380.

siempre he trabajado sobre pequeñas regiones. Pero la historia local, que tiene su utilidad, no es un problema historiográfico. Lo digo porque estoy convencido que lo importante de la historia es no tenerla por automática o valorarla por sus aparentes relevancias. Y la historia local tiene un apego automático a la relevancia: me ocupo de Valparaíso porque los *valparisenses* (porteños) están interesados en Valparaíso. Y yo también nací aquí. Y nada más. Esto es verdaderamente historia local, en el sentido que para ser algo más, falta un problema fundamental que tienen los historiadores, demostrar que se ocupan de algo interesante”.

“[La Microhistoria] es historia de grandes problemas vistos a través de un particular, un lugar, una situación, un documento, un cuadro. A través de este se sale para llegar a problemas generales [...] En este sentido, la historia local es muchas veces incapaz de hacerlo o llegar a estos niveles de análisis, cae siempre en prejuicios”.

“El problema de la microhistoria, en general, es mostrar cuantas cosas importantes llegan cuando aparentemente no ocurre nada importante. El problema de la historia local es el pensar, por el contrario, en cuantas cosas importantes se han olvidado en el análisis de lo local. En realidad, si tu lees la historia local, siempre dices: ¡no, esta localidad es muy importante porque por allí pasó Napoleón, pasó San Martín, mataron a los Carrera, etc.!”¹⁰

10.- Levi, Giovanni, “Diálogo en torno a la Historia y a los historiadores”, en Eduardo Cavieres (et. al.) *La historia en controversia. Reflexiones, análisis, propuestas*, Valparaíso, Bennington College / Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, 2009, pp. 33-35. Al respecto ver la más reciente declaración del autor en que profundiza

Así expuesto, la Historia Local, en su actual variante patrimonial, es desmantelada en su propio reducto. La “reducción de escala” –entendida como localismo– deja de ser su coartada. Lo mismo ocurre con la últimamente tan reivindicada “apuesta por la narrativa” que, de incapacidad analítica en la Historia Local, en Microhistoria asume la tarea de representar mejor una cierta “racionalidad” histórica. En palabras de Linda Shopes, se trata de un combate en contra de la banalización del pasado. Pues los historiadores (al menos cuando no están ocupados de dialogar entre ellos mismos, enfrascados en la pura erudición o tratando de sobrevivir, o lucrar, haciendo turismo y patrimonio).

sobre la relación de la Microhistoria con la Historia Global: “... la historia es siempre local y no tiene interés de por sí. Es interesante si usas los preceptos de la microhistoria, es decir, formularse preguntas generales y dar respuestas locales. Para esto es necesario tener en cuenta que nunca es interesante lo que nosotros estudiamos por sí mismo. No hay un libro que tenga un tema de interés general. Por tal razón, nuestra responsabilidad es construir la relevancia de los temas que tratamos; debemos demostrar que al estudiar un pequeño trozo del mundo, podemos contribuir a debates y preguntas de relevancia general. Freud, por ejemplo, estudiaba personas melancólicas, con problemas y poco interesantes, pero planteaba preguntas de relevancia general. En tal sentido, yo tengo bastantes dudas en relación con la historia global, pues en general nosotros siempre trabajamos sobre casos pequeños, pero debemos saber cómo aportan a debates más amplios. La microhistoria te permite trabajar con un microscopio sobre un objeto y descubrir cosas que a simple vista no se ven, mientras que la historia global sólo permite ver lo general”. Muñoz, S. y Pérez, M., “Perspectivas historiográficas: entrevista con el profesor Giovanni Levi”. *Revista Historia Crítica* N° 40, Universidad de Los Andes, Colombia, 2010, p. 201.

“Pueden sacar el pasado del dominio de lo trivial y lo nostálgico y comenzar a generar la conciencia de la historia como el relato de la acción humana, las elecciones humanas, de la gente que trata de resolver sus relaciones sociales cambiantes –y muchas veces desiguales– en medio de sus circunstancias cambiantes y también, muchas veces, desiguales. Con esta comprensión del pasado podemos ser más capaces de enfrentarnos, inteligente y humanamente, con valor y con humildad, a los problemas muy reales que nos confrontan en el presente”.¹¹

Aparentemente vivimos un presente en que la historia importa mucho. Pero lo que se viene registrando hace tiempo es otra cosa: una demanda social de pasado. Pero en esto conviene ser cautos, pues las demandas de pasado no son todas iguales.

Hace ya tiempo que Fredric Jameson señaló que uno de los rasgos de la cultura contemporánea (la del capitalismo avanzado) era la “moda nostalgia”, un rasgo fruto del descrédito de las vanguardias y de un agotamiento o renuncia a la idea de futuro, lo que nos haría ya no concentrarnos en la construcción de la historia, de lo original, lo nuevo, sino en el registro de lo ya existente.¹²

11.- Shopes, Linda, “Más allá de la trivialidad y la nostalgia: contribuciones a la construcción de una historia local”, en Jorge Aceves Lozano (Comp.) *Historia Oral*, México, Instituto Moral UAM, 1993, p. 251.

12.- Fredric Jameson, retomando el problema de la relación con el pasado en el contexto de la posmodernidad, ha señalado que tal demanda de pasado es al tiempo demanda de una experiencia intensa: “si se pudiese estar seguro, o tener cierta seguridad, de que ese fue el pasado, ello constituiría una experiencia intensa. O al

Es en este contexto en que se puede explicar en gran parte el impulso del patrimonio como una industria cultural que tiene su contraparte en el turismo: la conservación de edificios “tal cual fueron”, la “restauración”, etc. (Pero también un arte, por ejemplo, que ahora se basa en la confección de collages, una forma de arte que combina obras o fragmentos de otras obras del pasado, que ya no considera una apuesta por la obra original como un valor, como ha señalado en distintos lugares Arthur Danto).

Este recurso al pasado dista bastante de la necesidad de pasado de quien lucha, de quien busca justicia por sus compañeros asesinados o desaparecidos, o del interés que puede llevar alguien que hoy está enfrascado en la lucha por recuperar tierras ancestrales. Es una diferencia que vislumbró el ya citado Nietzsche en el planteamiento incluido en la introducción de este libro: “Necesitamos la historia. Pero la necesitamos no como el malcriado haragán que se pasea por el jardín del saber”¹³. En la misma huella Walter Benjamin anotaba años más tarde que la verdadera imagen del pasado no la constituyen los hechos “tal y como han sido, sino como destellan en un instante de peligro”.¹⁴ Y ese instante de peligro es el presente. Por ello habría que preguntarse cuál es el modo de interesarse por el pasado de quien tiene su vida

menos una que no tenemos si no creemos en el pasado”. *Reflexiones sobre la posmodernidad*, Madrid, Abada, 2010, p. 103.

13.- Nietzsche, Friedrich, *Sobre la utilidad y perjuicio de la historia para la vida*. (Edición de Oscar Caeiro), Córdoba, Alción Editora, 1998, p. 54.

14.- Benjamin, Walter, *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, (Traducción, introducción y notas de Pablo Oyarzún), Santiago, Arcis/Lom, 1995, p. 50.

solucionada y no ha sido objetos de injusticias, frente a quienes están siempre en medio de la batalla por la vida o por algo mejor que lo que tenemos.

Por esto sostenemos que el concepto de patrimonio es equívoco. Pues por el patrimonio, históricamente, se han interesado los príncipes, los papas, los estados, y actualmente las empresas de turismo y gobiernos, como el de Chile, que se limitan a promover la entrada de agentes privados (ni rastros ya del “patrimonio nacional”). Pero por otra parte es fácil constatar que hay toda una corriente, una diversidad de movimientos ciudadanos que reivindican el patrimonio. Y así hoy nos sorprendemos hablando, y tratando de hacer algo, con palabras que nunca fueron las nuestras: movimientos que se asumen críticos de lo que hay levantan también la bandera del patrimonio.

Hemos tomado la idea de un patrimonialismo desde abajo del libro *Teatros de la memoria* del historiador británico Raphael Samuel. Es interesante constatar cómo Samuel critica el “antipatrimonialismo”, que él entiende como propio de una elite intelectual universitaria empeñada en poner cortapisas a los modos en que el mundo popular articula su pasado al margen de una institución historiadora esencialmente conservadora. He aquí el planteamiento de Samuel:

“[los movimientos conservacionistas] han constituido un elemento de movilización a la hora de plantar cara a las inmobiliarias y desafiar a los poderes establecidos. El patrimonio histórico también goza de las simpa-

tías del gran público, al que no parecen inquietar las filípicas lanzadas contra él”. [...] “Intelectualmente, sin embargo, el ‘patrimonio histórico’ tiene muy mala prensa, y el reproche de que pretende mercantilizar el pasado y convertirlo en Kitsch para consumo turístico está muy extendido” [...] “Cabría también invocar un cierto desdén elitista. La idea de que, abandonadas a sus recursos, las masas son estúpidas, se regodean con placeres irreflexivos y tienen gustos ordinarios y repugnantes es uno de los placeres favoritos del esteta”.

En cambio, sostiene Samuel:

“Quienes se ocupan del legado histórico oyen el latido de la tierra con mucha mayor intensidad que aquellos [historiadores] que se limitan a jugar con cifras. Además tienen un contacto mucho más intenso con la experiencia comunitaria y la memoria popular”.¹⁵

A partir de estas citas es fácil evidenciar la estructura maniquea en la que Samuel construye su visión del patrimonialismo “desde abajo”. Esta visión puede justificarse frente al exacerbado elitismo de la institución universitaria británica. Pero por progresista y popular que se nos presente, no podemos aplicar el “modelo Samuel” acriticamente a nuestra realidad.

Según nuestra interpretación ese patrimonialismo desde abajo que podemos observar en

15.- Samuel, Raphael, *Teatros de la memoria. Pasado y presente de la cultura contemporánea*, Valencia, Universidad de Valencia, 2008, pp. 305 a 367.

distintas organizaciones ciudadanas tiene que ver con una de las tantas formas de manifestación en contra de la violencia modernizadora referida en capítulos anteriores por Bauman. Cuando ciertos agentes sociales hablan de patrimonio, la mayor parte de las veces lo hacen como una forma de reivindicación. Es usual escuchar: “nosotros también tenemos patrimonio”, “esto también es patrimonio”, lo que, en primer lugar, da cuenta de una exclusión. Entendemos entonces que hay una suerte de “patrimonialismo desde abajo” que, con el lenguaje disponible, trata de dar cuenta de viejas y nuevas violencias. Por ejemplo ¿Por qué en Santiago se constituye un movimiento patrimonial para detener el levantamiento de torres en el barrio Yungay? (Y lo mismo en Valparaíso, con el slogan de “no nos tapen la vista” en contra de los proyectos inmobiliarios en el borde costero). Pues porque es la forma de resistir y denunciar a una industria inmobiliaria que destruye un modo de vida a escala humana. Si lo pensamos a la luz de un planteamiento antiguo, pero no por ello necesariamente refutado, se trata de la resistencia frente a los avances del capital en sus nuevas formas.

Pero el patrimonialismo desde abajo debe andar con cuidado en esto del uso de los lenguajes disponibles. Pues los movimientos ciudadanos patrimoniales tienden a reproducir la lógica de la defensa o protección del objeto, de la cosa. No podemos quedarnos en la defensa de un edificio “en sí”, de una plaza “en sí”, de unos utensilios en sí mismos. Pues seremos rápidamente descalificados y descartados como nostálgicos que se oponen al progreso, en fin, reducidos comunicacio-

nalmente a un puro obstáculo. Debemos dar cuenta de las lógicas en las que se entienden esos objetos, en esas formas de vida, mejores de las que hoy nos ofrecen los promotores del cambio y la globalización. Mejores no por antiguas, sino por más humanas.

Otra precaución tiene que ver con los discursos sobre la identidad. Es también habitual escuchar ya como eslogan, como lugar común, que debemos conservar nuestro patrimonio para preservar nuestra identidad. En el ejemplo recién citado (del barrio Yungay o Valparaíso) se entiende: “nuestro modo de ser tiene que ver con lazos sociales duraderos, con prácticas que suponen el conocimiento del otro y la solidaridad”. Pero el deber de conservar de los patrimonialismos a veces no sirven a otros que sufren más, o que han venido sufriendo hace mucho tiempo. En efecto ¿cómo hacer entender que “debemos conservar” un modo de vida a quien ha vivido míseramente toda su vida? En ocasiones el cambio es lo que más se desea y hay que respetar ese deseo cuando es el de la construcción de una vida más justa, menos dolorosa. Quizá la mejor manera de captar la deuda de la sensibilidad patrimonialismo, como forma de política presentista, es como la faceta “histórica” de ese otro discurso “de la naturaleza” que hace ya tiempo ha hecho época: el ecologismo. Tal como lo ha observado Pomian:

“La promoción de la ecología, durante mucho tiempo una de las disciplinas biológicas, a la categoría de visión de mundo, de ética y de política, que reivindica el rechazo a modificar y a innovar, si ello puede poner

en peligro la preservación de los equilibrios naturales. Antaño fuerza revolucionaria, la ciencia hoy en día está en situación de volverse conservadora”.¹⁶

El patrimonialismo desde abajo ahoga el potencial crítico del pasado al negarse el futuro. Se comprenderá mejor en este punto nuestra preocupación por la extinción de la Memoria Social, a falta de historiografía propiamente tal, y de historiografía a falta de Memoria Social. Lo que se pierde, al fin, es la función interpelante de una sobre la otra, si se quiere la vigilancia mutua. Localismo patrimonial y patrimonialismo desde abajo conviven en el acuerdo implícito del presentismo. Historiografía y Memoria Social se nos presentan así como anacronismos necesarios.

Si el patrimonialismo es la forma que han adoptado ciertas luchas o disputas con el poder podríamos postular que es una de las formas que adopta la política “desde abajo” en la época del descrédito y agotamiento de la política. Pero no es solo asunto de reemplazo de designación, sino que –al igual que la política tradicional ya agotada– el patrimonialismo suprime igualmente de su representación la dimensión de futuro. Si la política de los grupos hegemónicos se vive como pura administración de lo existente (renunciando a todo intento proyectivo y de transformación social), en los grupos patrimonialistas la política se realiza en base a “reacción”, “oposición” o “resistencia”, al mero intento de “frenar” un proceso en marcha. El triunfo es

16.- Pomian, Krzysztof, *Sobre la historia*, Madrid, Cátedra, 2007, p. 152.

precisamente detenerlo. Pero en ambos casos se trata de una política que ya no se juega entonces en el tiempo de la historia.

La lógica temporal es la misma para la patrimonialización y el patrimonialismo. Si esto es así difícilmente podemos pensar las “tácticas” patrimonialistas como prácticas contrahegemónicas. La oposición al progreso ha llegado tarde, toda vez que el poder ya no necesita de la lógica implicada en aquel vetusto concepto. Es la política fuera de la historia.

CLAVES PARA ENTRAR AL PRESENTE DE VALPARAÍSO (POR LA HISTORIA)*

* Exposición oral realizada en la Primera Asamblea Popular de Patrimonio y Cultura, convocada por la Unidad Vecinal N° 79 y la Agrupación de Artes y Oficios del Cerro Cordillera de Valparaíso. Museo del Mar Lord Cochrane, Valparaíso, 30 de octubre de 2007. Este texto recoge también las reflexiones realizadas en el marco del libro *Trabajo, memoria y experiencia. Fuentes para la historia de la modernización del puerto de Valparaíso*, Valparaíso, Fondart / Universidad Arcis Valparaíso / Centro de Estudios Interculturales y del Patrimonio de la Universidad de Valparaíso, 2006.

En el mes de julio del año 2003 el denominado “casco histórico” de Valparaíso fue declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, lo que trajo asociada una compulsión por la “puesta en valor” del pasado y el rescate de la identidad, una suerte de giro cultural de la ciudad impulsado en realidad por las gestiones previas a dicho nombramiento, las que –no está demás decirlo– partieron de las autoridades políticas y no precisamente de la ciudadanía.

Los discursos sobre la identidad porteña (siempre en clave esencialista) han calzado dócilmente con el modelo de gestión impulsado: el turismo y el negocio de las mercancías culturales (que implican una cosificación). En el proceso de producción de bienes culturales se cierran las significaciones múltiples de los

espacios históricos, se separa a los objetos de su sentido social y se descontextualizan los modos de vida que sobreviven todavía en el seno de “lo patrimonial”. El presente patrimonial de Valparaíso impone el consumo del pasado antes que su conocimiento.

De entre todos los bienes que circulan uno redobla la plusvalía de todos los otros: la réplica de la bohemia porteña, el fetiche popular asociado al mundo del trabajo portuario. Se da así una particular paradoja: el objeto más deseado es el más ficticio de todos. La bohemia porteña requería como “infraestructura” del sistema de trabajo portuario, de la abundancia económica asociada a éste, de una cultura que entendía el tiempo libre como el copamiento de los espacios públicos y de una permanencia de los sujetos de experiencia en ciertos espacios, lo que constituía el “lugar” como categoría antropológica.

La actual oleada modernizadora del puerto ha acabado con las condiciones materiales de la cultura portuaria, pero a la vez impulsándola como el más valioso (y consumido) bien cultural. Pese a las apariencias, la gestión patrimonial de Valparaíso, con su vaciamiento de sentido asociada, efectúa una eficiente censura del pasado.

Hoy el pasado de Valparaíso es producido, ofertado y demandado. En realidad el pasado se ha vuelto una materia de consumo privilegiada en casi todos aquellos lugares en los que se han extinguido los motores industriales y comerciales que antaño

animaban la economía y sostenían la sociedad.¹ La patrimonialización es en realidad una de modernización.

Nuestro planteamiento general es que la actual modernización de Valparaíso marca el ingreso de la ciudad (y el país) de lleno en la lógica del capitalismo postindustrial; una forma de producción de riqueza en la cual el trabajo humano asalariado tiene cada vez menor cabida, en que adquiere protagonismo el área de los servicios y el comercio de intangibles, en el que debemos incluir entre los productos –aunque suene raro– las “sensaciones”, “las experiencias” y las “aventuras”.

Dos hechos configuran el acontecimiento que fuerza este giro: por una parte la protesta portuaria que estalla en julio de 1999, denominada el “puertazo” (último gran movimiento portuario, pero para negociar condiciones de jubilación y reconversión laboral, al que se plegaron diversos sectores identificando por primera vez como fuente de los males de Chile al neoliberalismo) y, por otra, la determinación por parte de las autoridades políticas de hacer de Valparaíso Patrimonio de la Humanidad (trámite que comienza en 1997). Ambos evidencian el fin de la que fuera la principal actividad económica de la ciudad y el viraje hacia un nuevo plan de desarrollo, ya no fundado en el trabajo portuario, sino en el turismo, los servicios, el consumo y el negocio inmobiliario sobre terrenos que

1.- Al respecto ver Dolors Vidal, “El consumo del pasado o el pasado como consumo”, en periódico *La Vanguardia*, Barcelona, 04/05/2003.

antes albergaban la actividad industrial y productiva, o sobre las zonas urbanas asociadas al habitar en un desaparecido mundo portuario.

Se trataba, en efecto, de una modernización, pero a las modernizaciones no les va sólo el cambio, sino también la exclusión. Y a las modernizaciones de entrada en la postindustria la exclusión de los antiguos sujetos del trabajo. En este sentido valga la descarnada visión de Zygmunt Bauman:

“La producción de residuos humanos o, para ser más exactos, seres humanos residuales [...] es una consecuencia inevitable de la modernización y una compañera inseparable de la modernidad. Es un ineludible efecto secundario de la *construcción del orden* (cada orden asigna a ciertas partes de la población existente el papel de fuera de lugar, no aptas o indeseables) y del *progreso económico* (incapaz de proceder sin degradar y devaluar los modos de ganarse la vida antaño efectivos y que, por consiguiente, no puede sino privar de sus sustento a quienes ejercen dichas ocupaciones)”²

En lo que sigue me propongo una síntesis de la genealogía del presente de Valparaíso. ¿Cómo desapareció el trabajo? ¿Qué intereses se abrieron paso? ¿Cuáles fueron las estrategias usadas? ¿A qué costo se realizaron los cambios? Para cierto número de habitantes de Valparaíso y sus alrededores este ejercicio no difiere mucho de lo que logran por vía de su memoria, de lo que recuerdan en las conversaciones del antiguo grupo de amigos del

2.- Bauman, Zygmunt, *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Barcelona, Paidós, p.16.

sindicato. Pero para las nuevas generaciones es una cuestión seguramente de la que han tenido pocas noticias.

* * *

Hasta 1997 los diez principales puertos de Chile, entre ellos Valparaíso, estaban administrados bajo un sistema unitario dirigido por EMPORCHI (Empresa Portuaria de Chile) fundada en 1960, de propiedad estatal, la que gozaba de exclusividad en administración, manipulación, traslado y almacenaje de la carga desde las naves hasta el recinto portuario y viceversa.

Con motivo de las reestructuraciones planeadas por el equipo económico de la Junta Militar, a partir de 1981 se dictaron e implementaron un conjunto de decretos leyes que tuvieron como objetivo aminorar la fuerza de las organizaciones sindicales portuarias, restar injerencia al Estado en la dirección y administración portuaria y abrir camino a la participación privada. Estos fueron: el Decreto Ley N° 18.032, publicado el 25 de septiembre de 1981 y el Decreto Ley N° 18.042, publicado el 15 de octubre del mismo año.³

La ley 18.032 puso fin al “sistema de matrículas”, que desde 1966 garantizó la estabilidad y seguridad laboral portuarias. Este sistema se traducía en la propiedad del trabajo por parte del trabajador, la matrícula era

3.- En estricto rigor la disolución de EMPORCHI y la licitación de los puertos nacionales, se hizo efectiva en el año 1990. Probablemente la impracticabilidad de esta ley se debió a la desconfianza de un grupo de autoridades sobre la posibilidad de que se crearan monopolios o carteles que administraran el transporte de la carga.

extendida por el sindicato como una especie de licencia o título que acompañaba al estibador de por vida, era en efecto su capital.⁴ Fue un logro sindical que terminó perfilando a los estibadores (la mayor fuerza de trabajo del puerto) como un verdadero gremio, desarrollando consecuentemente una “conducta monopolística” de la actividad que desarrollaban,⁵ la que les permitía acceder a unos salarios elevadísimos por turnos de trabajo muy limitados (seis horas), lo que implicaba gran dosis de tiempo libre asociado a considerables excedentes económicos en posesión del mundo popular. Esto, sumado a los dólares de los marinos mercantes extranjeros (que en el antiguo modelo debían recalar al menos seis días para descarga y embarque), constituyeron el secreto de la sociabilidad porteña y su cultura popular. Valparaíso era posible en un intersticio del capitalismo comercial transoceánico en que los trabajadores tenían poder social (por la organización sindical) y económico (por el monopolio de sus actividades), y en donde la velocidad del comercio no entraba aún en la actual fase de aceleración electrónica.

Hoy el capitalismo en su fase neoliberal encuentra una de sus contradicciones justamente en este punto: necesita de la cualificación de la mano de obra, pero tiende “a la abolición de las habilidades monopolizables” y a “socavar su carácter de monopolio potencial

4.- Al respecto ver el trabajo de Leal, Valentina y Aguirre, Carlos, *Estiba y desestiba. Trabajo y relatos del Valparaíso que fue (1938 - 1981)*, Valparaíso, Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso / Ediciones Inubicalistas, 2020.

5.- Harvey, David, *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*, Madrid, IAEN / Traficantes de Sueños, 2014, p. 124.

abriendo abundantes avenidas para la formación en ellas y reducir el coste de ese trabajo”.⁶ Así es como al abolir el sistema de matrículas, se terminó con el control de los sindicatos sobre los puestos de trabajo, autorizando en su reemplazo “el ingreso de cualquier trabajador que reuniera las condiciones mínimas de idoneidad física para desempeñarse en los puertos tanto en faenas en tierra como de abordó”.⁷ La tesis de la dictadura, en efecto, era que esta ley respondía a la necesidad de eliminar el “monopolio” que ejercieron por muchos años los sindicatos portuarios sobre la mano de obra, así como los “excesivos” gastos en seguridad y beneficios.

El Decreto Ley N° 18.042 puso fin a la exclusividad de EMPORCHI sobre los puertos nacionales, y en su reemplazo creó un número de sociedades anónimas, cuyas adjudicaciones para hacerse cargo de las labores portuarias obedeció a una lógica vertical informal en favor de grupos proclives al régimen. Este nuevo modelo portuario estableció como principio la privatización de las funciones de porteo, como también de la infraestructura, la que si bien no se vendía, se entregaría en concesión por medio de licitaciones.

El primer decreto apuntó a mermar la fuerza de los sindicatos sobre materias de empleo, sueldo y negociaciones, al que se sumó el Decreto Ley N° 2.756, que terminaba con los sindicatos por área de produc-

6.- *Op. Cit.*, pp. 125-126.

7.- González Cartes, Claudio, *Mercado laboral y transformación portuaria en Chile: el caso de Valparaíso*, Programa global de formación en población y desarrollo sustentable, Universidad de Santiago, Facultad de Ciencias Sociales / Centro de Análisis de Políticas Públicas, Santiago, 1996, p. 58.

ción e implementaba los sindicatos por empresa, y que coadyuvado con la Ley N° 18.042 que privatizaba las faenas del puerto, dejaba al trabajador en desventaja frente a las nuevas dinámicas que regularían a partir de ese momento el mercado laboral.

En 1985 los sindicatos y confederaciones de trabajadores portuarios, iniciaron movilizaciones a nivel nacional. Debido a la magnitud de las acciones, el gobierno militar debió sentarse a dialogar con las organizaciones, las que a pesar del grado de violencia y amedrentamiento al que estuvieron expuestas a partir del Golpe de Estado, pusieron en la mesa un pliego de peticiones que contempló fundamentalmente la inseguridad laboral, la estrepitosa caída de los sueldos y, sobretudo, la casi nula fiscalización del Ministerio del Trabajo sobre contratos y beneficios.

Durante el año 1986 el gobierno, en conjunto con las empresas, determinó crear las llamadas “bolsas de trabajo”, sistema que consistió en la formación de una planta estable de trabajadores contratados, lo que dio cierta estabilidad laboral. Pero este sistema absorbió sólo un 40% de los trabajadores, dejando al resto sujeto a turnos eventuales que podían demandar las pequeñas y medianas empresas.

En 1988 las empresas de mayor movimiento de carga perfeccionaron el sistema de contratación, seleccionando trabajadores eventuales a los que se les hizo un contrato indefinido. El sistema funcionó, dándoles a los trabajadores cierta estabilidad laboral, lo que les facilitó la formación de sindicatos por empresa y les permitió acceder a negociaciones colectivas. Sin embargo,

esta situación no se repitió en las empresas medianas y pequeñas, que sometidas a una fuerte competencia por ganar nuevas licitaciones, continuaron con el sistema de contratación de trabajadores eventuales por turno, trayendo nuevos trabajadores al sector. Esto provocó un exceso de mano de obra, de la cual se pudo disponer pagando bajos sueldo, sin contrato y sin derecho a negociación colectiva.

El conjunto de leyes dictadas entre 1973 y 1981 institucionalizaron un nuevo esquema laboral que permitió flexibilizar contratos y sueldos, más aún, liberó a los empleadores del pago de los beneficios sociales con que habían contado los trabajadores por muchos años.

El costo social en esta primera fase se hace evidente. Ya antes de la aplicación de las leyes, en 1975, se redujo en un 15% la mano de obra portuaria. Las causas fueron desde la reducción de personal hasta despidos por causas políticas. Pero no fue hasta 1981 cuando se produjo una reducción ostensible de la mano de obra portuaria a nivel nacional, siendo el puerto de Valparaíso el más perjudicado: de 1400 trabajadores 700 fueron despedidos.⁸ (Y de un total de beneficios sociales que incrementaban los sueldos de los trabajadores en un 46%, hoy sólo un pequeño porcentaje de los trabajadores con contrato permanente tiene beneficios adicionales que no superan el 16%).

A pesar de que un porcentaje de los trabajadores fueron incorporados a un programa de jubilaciones anticipadas y otro tanto fue incorporado por las nuevas

8.- Ver al respecto: González Cartes, Claudio, *Op. Cit.*, p. 37.

empresas portuarias privadas, la capacidad de absorción del sector privado no cumplió con las expectativas de bajar el porcentaje de desempleo, manteniéndose la precariedad debido al surgimiento de trabajadores subempleados o eventuales.

El advenimiento de la democracia y las nuevas condiciones políticas, motivó a los trabajadores portuarios a emprender una nueva etapa reivindicativa. En 1991 el gobierno creó una comisión bipartita de empresarios y trabajadores encargada de elaborar una nueva legislación laboral que contempló un inédito sistema denominado “Convenios de Provisión de Puestos de Trabajo”, acuerdo que comprometió a las grandes empresas a reducir la eventualidad laboral, y crear un cuerpo estable de trabajadores legalmente contratados, por un determinado número de turnos. Pero nuevamente el proyecto no llegó a buen término. Si bien en diciembre de 1993 se aprobó la Ley 19.250 que incluyó algunas reformas, no se respetó la demanda sobre el pago de turnos, y en su defecto se fijó un sueldo mínimo muy reducido. A estas modificaciones del acuerdo se agregó la ruptura del compromiso de extender el número de trabajadores con contrato permanente por parte de los empresarios.

Hacia fines de los noventa el gobierno de la Concertación se enfrentó a un nuevo desafío. Sin prejuicio de las transformaciones anteriores, las reformas implementadas habían llevado a que el puerto de Valparaíso, y los demás, experimentaran un incremento de productividad y eficiencia. Pero las reformas a la administración de los puertos no eran suficientes para

responder satisfactoriamente a las exigencias del mercado internacional, por ende, había que aumentar la capacidad de las naves, disminuir los tiempos de transferencia, introducir tecnología de vanguardia, disminuir el tiempo en la manipulación y traslado de la carga, y abaratar costos a los usuarios del puerto para garantizar una mayor competitividad frente a los otros puertos del Pacífico Sur. La CEPAL al respecto sugirió que era pertinente someter a los puertos de Latinoamérica a un acelerado proceso de modernización y elaborar una profunda reforma laboral con el propósito de establecer un marco de legislación laboral que estuviera en función de los requerimientos del mercado.⁹

Ya en los años ochenta un grupo de países de América Latina había iniciado un programa de reformas económicas. Precisamente Chile había hecho tempranamente un proceso tal de reestructuración económica, que lo situó como uno de los países mejor adaptado a las nuevas exigencias de una economía globalizada, ya que su inclusión en dicho proceso fue anticipada producto de la “viabilidad” con la que se llevó a cabo durante el gobierno militar, el que contó con todas las condiciones sociales y políticas que un contexto institucional autoritario puede otorgar.

En obediencia a las expectativas del mercado exterior y continuando en la senda de las reformas a

9.- Ver al respecto “La reforma laboral y la participación privada en los puertos del sector público”. Cuadernos de la CEPAL. Este trabajo fue preparado por la Unidad de Transporte de la División de Comercio Internacional. Naciones Unidas. Santiago, Agosto 1996.

los servicios, el gobierno de la Concertación fue el responsable de finiquitar la última fase de este proceso: consolidar la total participación de los privados, ejecutando la descentralización total de EMPORCHI por medio de la licitación pública para el otorgamiento de concesiones portuarias en un plazo de hasta 30 años.¹⁰ Estas disposiciones quedaron sancionadas en la Ley N° 19.542 de 1997, que dictaminó la descentralización de EMPORCHI en diez empresas estatales autónomas que comenzaron a funcionar en 1998, y la licitación de los frentes de atraque de los principales puertos a partir de 1999.

Si bien es cierto que en términos económicos dicha ley buscó promover la eficiencia y productividad de los puertos chilenos, el problema laboral se desplazó sin solución. El nuevo programa de licitaciones obligó a las organizaciones de trabajadores portuarios a pronunciarse sobre el tema. Les preocupó el costo que deberían asumir debido a las licitaciones, por lo demás las nuevas empresas que administrarían sectores del puerto no garantizaban su estabilidad laboral. Llevaron al gobierno un conjunto de peticiones en las que figuraron: jubilaciones para quienes no se reintegrarían a las labores portuarias, reinserción laboral y contrataciones de personal. Las pensiones que se entregarían a aquellos trabajadores incorporados al programa de jubilaciones anticipadas que ofrecía el gobierno sufrieron una considerable devaluación en los años ochenta debido a la

10.- Vitale, María, “Modernización Portuaria: Un desafío para el Bicentenario”, en: Revistamarina.cl//revista/2004/2/modernización%20portuaria/pdf.

obligatoriedad de incorporación al sistema de AFP. El daño en las pensiones fue un tema que buscaron solucionar rápidamente, antes de iniciar la nueva etapa de privatización.

El alto porcentaje de cesantía que provocaría la licitación, más el problema previsional que afectó, además de los trabajadores portuarios de EMPORCHI, a los trabajadores del sector público, se transformó en un acontecimiento nacional. Las organizaciones de trabajadores portuarios junto con los trabajadores del sector público aglutinados en la ANEF, convocaron a una movilización para el 14 de julio de 1999. Explicaron que el plan de movilizaciones ascendente culminaría el 17 de agosto con un paro nacional si el gobierno no encontraba una solución a los problemas previsionales. Este acontecimiento es conocido con el nombre de “el puertazo”.

Los trabajadores portuarios se movilaron, comenzaron a paralizar los servicios, llegando a tomarse instalaciones de los tres más importantes puertos nacionales, entre ellos Valparaíso. El impacto social que causó tan masiva movilización marcó un precedente para las futuras convocatorias, la presión y los daños materiales y comerciales obligaron al gobierno y a los empresarios a reanudar las conversaciones. Sin embargo, a pesar de haberse asignado un número considerable de recursos en indemnizaciones y jubilaciones, muchas de ellas no se pagaron en totalidad, existiendo hasta el día de hoy juicios pendientes. En cuanto a los considerables fondos que se destinaron para ello, su inversión no siempre fue óptima desde la perspectiva de la utilización que el trabajador

le dio. Este último punto tiene relación con el tema de la reconversión laboral, es decir, mientras un grupo de trabajadores se convirtió en trabajadores independientes (dueño de un almacén o de un taxi colectivo), una parte importante de ellos no supo invertir sus fondos y otro tanto se quedó percibiendo una escuálida jubilación que alcanzaba malamente a cubrir las necesidades básicas.

Después de las conversaciones tripartitas (gobierno, empresarios y trabajadores), no se ha confeccionado una legislación laboral que regularice el trabajo en las empresas privadas, sino que se han modificado ciertos requerimientos para el desempeño laboral como los dictados en el Decreto Supremo N° 90 del Ministerio de Trabajo del 24 de enero del 2.000,¹¹ tales como la seguridad al interior del recinto y el contar con un permiso que la Autoridad Marítima otorga una vez que las empresas de muellaje remiten a las oficinas del puerto una nómina de los trabajadores contratados y de los que realizan turno.

Terminantemente la relaciones laborales se sostienen en la exigua legislación que el gobierno ha dictado a partir de su régimen y la que se ha reformado proveniente de los años ochenta. Lo paradójal es que si bien, como se sostiene, las relaciones laborales deben saltar del plano político al comercial, la responsabilidad sobre seguridad y estabilidad laboral y los sueldos, no puede estar supeditada a los índices de productividad y competitividad que los puertos nacionales sean capaces de otorgar, “ello ha significado una menor protección en los mercados de bienes y del trabajo con el objeto

11.- Vitale, María, *Op. Cit.*, p. 6.

de mejorar la eficiencia y otorgar mayor importancia a los mecanismos del mercado en la asignación de los recursos”.¹²

Es ineludible la magnificencia del mercado, pero no menos efectiva es su incompetencia e inhabilidad para absorber problemas sociales como el aumento del desempleo y su informalidad. Existen “imperfecciones” que el mercado no puede corregir, pues en verdad son condición para su funcionamiento. En definitiva, la reestructuración de las relaciones laborales facilitaron medidas tendientes a elevar la productividad y competencia, lo que situó a Valparaíso entre los puertos de mejor rendimiento del Cono Sur, pero que como contrapartida trajo diversas consecuencias en la estructura del mercado laboral, en los sueldos, estabilidad y beneficios de los trabajadores. La mano de obra portuaria es la más expuesta a los vaivenes del mercado, su estabilidad depende de la productividad, capacidad técnica e infraestructura que el puerto posea, ya que de tales variables dependen a su vez la cantidad de usuarios que demanden sus servicios y el número de trabajadores que se contraten.

En esta dirección la necesidad de trabajo humano tiende a desaparecer y hasta ahora no parece haber una actividad económica de reemplazo que equipare a la antigua actividad portuaria. La emigración puede

12.- Ver al respecto Infante, Ricardo, “América Latina y el Caribe. El desempeño laboral en los noventa”, en: *Las reformas económicas y su impacto en el empleo y las relaciones laborales*. (Pedro Guglielmetti ed.), Santiago, Universidad de Chile, Centro de Análisis de políticas Públicas / Lom, 1998, p.109.

ser una respuesta inmediata, pero emigrar ¿a dónde? Las nuevas actividades que se pretenden impulsar para levantar a Valparaíso (universidades, turismo, negocio inmobiliario) no sólo no dan abasto para la cantidad de cesantes y desocupados, sino que parecen no estar hechas para el grueso de la población porteña. El trabajo se elitiza desplazando aún más abajo a los habitantes tradicionales del puerto.

EPÍLOGO

“Hemos aceptado que nuestras ciudades y nuestros pueblos se transformen en parques de atracciones para los turistas, y ahora que la epidemia ha hecho desaparecer a los turistas, las ciudades que habían renunciado a cualquier otra forma de vida se reducen a no-lugares espectrales, debemos entender que fue una elección equivocada”.

Giorgio Agamben, “¿En qué punto estamos?”,
(Texto solicitado y luego rechazado por el
Corriere della sera, 20/03/2020)

Cuando termino de armar este libro estamos en pleno despliegue del coronavirus. ¿Qué tiene de específicamente porteño este fenómeno? En principio nada, es una pandemia cuyos poco claros orígenes están en China, según lo que se sabe. Pero va adquiriendo características locales a medida que el virus y el pánico se expanden, sin ir más lejos es bien distinta la epidemia en Argentina que en Chile, allá todavía queda Estado protector y no puramente policíaco o funcional al empresariado como acá, por apuntar solo a rasgos generales y evidentes.

Pero en Valparaíso, donde el Estado hace tiempo que no da abasto y donde el entramado de la sociabilidad popular apenas alcanza para la nostalgia, era previsible que esta ola nos azotara de peor manera. Si es verdad que la cuarentena, el confinamiento, es lo

que mejor evita que se expanda el contagio, acá resulta más complejo poner en práctica dicho procedimiento, al menos que en otros lugares de Chile. El gobierno postergó al máximo el decreto de cuarentena y, a cambio, decretó estado de catástrofe y toque de queda (militares a la calle, otra vez). La mayoría de los trabajadores y trabajadoras deben seguir asistiendo a sus trabajos, usando transporte público, pero la inmensa mayoría que vive al día, como “independiente”, no puede parar, porque si paran no comen: el virus o el hambre. Esa realidad, para variar, en Valparaíso se extrema al límite, apuntando a un falso dilema final: ¿de qué morir? o ¿cómo vivir un poco más?. Como con el incendio del 2014 esta nueva catástrofe actúa como un revelador social, dejando al descubierto vidas imposibles, la diferencia es que su alcance llega hasta cada uno de nosotros en distintos grados, nadie ahora puede ser sólo espectador. Hay que asumirlo hasta el final, como primer paso para la reconstrucción de una política de la justicia, por eso es tan nocivo el discurso de la normalidad, pues no es más que el intento de correr un tupido velo nuevamente, en otras palabras, es directamente un acto de encubrimiento, nuevamente la cultura puesta delante de la barbarie. (Y en esto entran desde políticos de derecha partidista, pasando por funcionarios de gobiernos, hasta los académicos que celebran sus clases online en jerga progresista).

Sin duda el impacto del coronavirus en Valparaíso es más severo a partir de las consecuencias del modo particular en que se dio el estallido social aquí en la ciudad. Con menos fuentes de trabajo, con más

ruinas y con la necesidad imperiosa de salir para comer será cosa de tiempo empezar a contar presos, mutilados y muertos. Las barricadas ya vuelven en los barrios y cerros, y seguramente veremos luego cómo se tratará de saquear lo que sea saqueable todavía, y cómo los militares impondrán su orden, lo que, a diferencia del pasado octubre, será cuando menos tolerado, visto como necesario. Es como una máquina que avanza con renovado impulso.

La cuarentena como medida se presenta aquí ambigua. Puede ser lo que mejor sirva para evitar contagios, pero no deja de ser una medida elitista, o “abstracta” para Valparaíso. No se la puede invocar honestamente –a salvo del cinismo– sin hacerse cargo del problema subyacente: y mientras tanto ¿cómo vivirán los pobres una cuarentena extendida? Quizá como siempre, pues aquí resulta que la vida al límite puede siempre ser llevada a otro límite.

No es necesario proponerse la destrucción de Valparaíso, basta con la retirada del Estado y la deprecación capitalista, para luego vivir un abandono total cuando no hay nada más ya que depredar, cuando ya “ha perdido interés como objeto de explotación” y en donde la humanidad misma ha devenido residual, volviendo al concepto de Bauman ya señalado. La “opción patrimonial” hace ya tiempo que dejó de ser verosímil, incluso antes de la devastación ligada al estallido, cuyos saqueos e incendios nunca llegaron hasta los cerros Alegre y Concepción (extraña omisión). La pregunta es: sin la promesa del patrimonio ¿qué se puede esperar de (en) Valparaíso? Ninguna forma de

sentido parece ser ya posible en este punto, lo más próximo es la apertura a lo inesperado (un sentido sin telos), a la emergencia de “lo otro” que derribe esta misma lectura de la ciudad para no tener razón.

BIBLIOGRAFÍA

Andueza, Pablo y Aravena, Pablo (Editores), *Valparaíso reclamado. Demandas ciudadanas de la ciudad-puerto*, Valparaíso, Perseo Ediciones, 2014.

Aranzueque, Gabriel, “Paul Ricoeur: memoria, olvido y melancolía”, en *Revista de Occidente*, N° 198, Madrid, 1997.

Aravena, Pablo (Et. Al.), *Trabajo, memoria y experiencia. Fuentes para la historia de la modernización del puerto de Valparaíso*, Valparaíso, Fondart / Universidad Arcis Valparaíso / Centro de Estudios Interculturales y del Patrimonio de la Universidad de Valparaíso, 2006.

----- *Memorialismo, historiografía y política. El consumo del pasado en una época sin historia*, Concepción, Escaparate, 2009.

----- “La historia en un tiempo catastrófico. (Entrevista con François Hartog)”, *Cuadernos de Historia N°40*, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, 2014.

Aravena, Pablo y Sobarzo, Mario, *Valparaíso: patrimonio, mercado y gobierno*, Concepción, Escaparate, 2009.

Aristóteles, *Metafísica*, Madrid, Gredos, 1994.

Augé, Marc, *Los no lugares. Espacios del anonimato*, Gedisa, Barcelona, 2000.

----- *El tiempo en ruinas*, Barcelona, Gedisa, 2003.

Barcellona, Pietro, *Postmodernidad y comunidad. El regreso de la vinculación social*, Madrid, Trotta, 1999.

Bauman, Zigmunt, *La globalización. Consecuencias humanas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

----- *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Barcelona, Paidós, 2005.

Bell, Daniel, *El advenimiento de la sociedad postindustrial*, Madrid, Alianza, 1976.

Benjamin, Walter, *Discursos Interrumpidos I. Filosofía del Arte y de la Historia*, Buenos Aires, Taurus, 1989.

----- *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, (Traducción, introducción y notas de Pablo Oyarzún), Santiago, Arcis/Lom, 1995.

----- *Libro de los pasajes*, Madrid, Akal, 2005.

Candau, Joël, *Antropología de la memoria*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2002.

Casanova, Rodrigo, *Valparaíso Revisitado*, Santiago, Lom, 2005.

Cataldo, Bernardo, "Patrimonio del Mercado, mercado del patrimonio", en *Miseria de lo Cotidiano. (En torno al Barrio Puerto de Valparaíso)*, (Pablo Aravena ed.), TEPSOC / Universidad de Valparaíso, 2002.

Certeau, Michel, "La operación histórica", en *Hacer la historia*, (Jacques Le Goff y Pierre Nora Comps.), Barcelona, Editorial Laia, 1985.

Cohen, Daniel, *Tres lecciones sobre la sociedad postindustrial*, Buenos Aires, Katz Editores, 2007.

Cruz, Manuel, “Tiempo de narratividad (el sujeto, entre la memoria y el proyecto)”, en *Cuadernos del Taller N° 2*, Taller de Epistemología Social, Facultad de Humanidades, Universidad de Valparaíso, 2003.

----- *Las Malas Pasadas del Pasado. Identidad, Responsabilidad, Historia*, Barcelona, Anagrama, 2005.

Esping-Andersen, Gosta, *Fundamentos sociales de las economías postindustriales*, Barcelona, Ariel, 2000.

Expósito, Marcelo, *Sinfonía de la ciudad globalizada N° 1*, Valparaíso, Capítulo 3: “Historia contra patrimonio”, 2010. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=4zo8wzGCYO8>

Faus, Pau, *Cohabitaciones. Patrimonio, Taxidermia y Autoconstrucción en Valparaíso*, Barcelona, CRAC Valparaíso / Can Xlant Centre de Creació y Pensament Contemporani de Mataró, 2011.

Foucault, Michel, *La vida de los hombres infames*, Madrid, La Piqueta, 1990.

Fuentes, E. y Paredes, C., *Archivo oral de la maestranza Barón de Valparaíso*, Fondart / Perseo Ediciones, Valparaíso, 2015.

Garcés, Mario, “La utilidad de la historia para los movimientos sociales”, en: Web del Centro de Estudios Miguel Enríquez CEME, www.archivochile.com

García Canclini, Nestor, “Los usos sociales del patrimonio”, en *Patrimonio etnológico. Nuevas perspectivas de estudio*, Consejería de Cultura, Junta de Andalucía, 1999.

----- *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Paidós, Barcelona, 2001.

----- “El turismo y las desigualdades”, en *Ñ. Revista de Cultura*, Nº 120, El Clarín, Buenos Aires, 2006.

----- *Lectores, espectadores e internautas*, Barcelona, Gedisa, 2007.

----- *La sociedad sin relato: antropología y estética de la inminencia*, Buenos Aires, Katz, 2010.

Ginzburg, Carlo, *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.

Goldstone, Patricia, *Turismo. Más allá del ocio y del negocio*, Barcelona, Debate, 2003.

Gómez Ramos, *Reivindicación del centauro. Actualidad de la filosofía de la historia*, Madrid, Akal, 2003.

González Cartes, Claudio, *Mercado laboral y transformación portuaria en Chile: el caso de Valparaíso*, Programa global de formación en población y desarrollo sustentable, Santiago, Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales / Centro de Análisis de Políticas Públicas, 1996.

Grüner, Eduardo, “Recuerdos de un Futuro (en ruinas)”, en *Ensayo y Subjetividad*, (Marcelo Percia Comp.), Buenos Aires, Eudeba, 1998.

Harperin Dongui, Tulio, “El historiador y la tradición”, en: *Ñ. Revista de Cultura*, Nº 343, El Clarín, Buenos Aires, 2010.

Hartog, François, *Regímenes de historicidad*, México, Universidad Iberoamericana, 2007.

Harvey, David, *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*, Madrid, IAEN / Traficantes de Sueños, 2014.

Huyssen, Andreas, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de la globalización*, México, Fondo de Cultura Económica / Goethe Institut, 2002.

Infante, Ricardo, “América Latina y el Caribe. El desempeño laboral en los noventa”, en *Las reformas económicas y su impacto en el empleo y las relaciones laborales*. (Pedro Guglielmetti ed.), Santiago, Universidad de Chile, Centro de Análisis de políticas Públicas / Lom, 1998.

Innerarity, Daniel, *Política para perplejos*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018.

Jameson, Fredric, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, Paidós, 1995.

Jameson, Fredric, *Reflexiones sobre la posmodernidad*, Madrid, Abada, 2010.

Jelin, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI editores, 2002.

Koselleck, Reinhart, “Me desagrada cualquier memoria colectiva”, en *Ñ. Revista de Cultura*, Nº130, El Clarín, Buenos Aires, 2006.

Leal, Valentina y Aguirre, Carlos, *Estiba y desestiba. Trabajo y relatos del Valparaíso que fue (1938 - 1981)*, Valparaíso, Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso / Ediciones Inubicalistas, 2020.

Lechner, Norbert, *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*, Santiago, Lom, 2002.

Levi, Giovanni, “Diálogo en torno a la Historia y a los historiadores”, en Eduardo Cavieres (et. al.) *La historia en controversia. Reflexiones, análisis, propuestas*, Valparaíso, Bennington College / Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, 2009.

Martí, José, *Nuestra América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2005.

Mellado, Justo (Ed.), *Memorias de la ceniza*, Valparaíso, Perseo Ediciones, 2014.

Muñoz, S. y Pérez, M., “Perspectivas historiográficas: entrevista con el profesor Giovanni Levi”, en *Revista Historia Crítica N°40*, Universidad de Los Andes, 2010.

Nietzsche, Friedrich, *Sobre la utilidad y perjuicio de la historia para la vida*. (Edición de Oscar Caeiro), Córdoba, Alción Editora, 1998.

Pausa. Revista del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, N° 4, Santiago, junio de 2005.

Pomian, Krzysztof, *Sobre la historia*, Madrid, Cátedra, 2007.

Revista Culturart, N° 7, Valparaíso, diciembre de 2003.

Ricoeur, Paul, *Texto, testimonio y narración*, Santiago, Andrés Bello, 1983.

Rojas, Sergio, “Deshabitar la ‘Postal’”, en *Las Obras y sus Relatos II*, Santiago, Ediciones Departamento de Artes Visuales, Universidad de Chile, 2009.

Salazar, Gabriel, “Memoria Social y Movimiento Popular: Pasado y Proyección”, en *Volver a la Memoria*, (R. Olea y O. Grau compiladoras), Santiago, Lom / La Morada, 2001.

Samuel, Raphael, *Teatros de la memoria. Pasado y presente de la cultura contemporánea*, Valencia, Universidad de Valencia, 2008.

Sennett, Richard, *La corrosión del carácter*, Barcelona, Anagrama, 2009.

Shopes, Linda, “Más allá de la trivialidad y la nostalgia: contribuciones a la construcción de una historia local”, en Jorge Aceves Lozano (Comp.) *Historia Oral*, México, Instituto Mora/UAM, 1993.

Traverso, Enzo, *El pasado instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, Madrid, Marcial Pons, 2007.

Trivelli, Pablo, *The sustainability of urban heritage preservation: interventions to support economic and residential investments in urban Heritage areas of latin america and the caribbean (rg-t1620): case study Valparaíso*, Disponible en: www.prduv.cl

Unidad de Transporte, División de Comercio Internacional, Naciones Unidas, “La reforma laboral y la participación privada en los puertos del sector público”. Cuadernos de la CEPAL, Santiago, Agosto de 1996.

Vidal, Dolors, “El consumo del pasado o el pasado como consumo”, *La Vanguardia*, Barcelona, 04/05/2003.

Vitale, María, “Modernización Portuaria: Un desafío para el Bicentenario”, en: Revistamarina.cl/revista/2004/2/modernización%20portuaria/pdf.

Wallerstein, Immanuel, *Utopística. O las opciones históricas del siglo XXI*, México, Siglo Veintiuno editores, 1998.

Warnier, Jean-Pierre, *La mundialización de la cultura*, Barcelona, Gedisa, 2002.

Yúdice, George, *El recurso de la cultura, Usos de la cultura en la era global*, Barcelona, Gedisa, 2002.

EDICIONES

LA DESTRUCCIÓN DE VALPARAÍSO © PABLO
ARAVENA NÚÑEZ, RPI N° 2020-A-5949
FUE EDITADO Y PRODUCIDO EN VALPARAÍSO.
PARA LOS INTERIORES SE UTILIZÓ PAPEL
BOND AHUESADO DE 80 GR. Y COUCHÉ
OPACO DE 300 GR. PARA LA PORTADA. SE
REALIZARON 300 EJEMPLARES. DEBIDO A
LA PANDEMIA, SE HA LIBERADO JUNTO A
ESTA EDICIÓN UNA VERSIÓN EN NUESTRA
PÁGINA WEB. LA DIAGRAMACIÓN DISEÑO DE
PORTADA Y EDICIÓN ESTUVIERON A CARGO
DE RODRIGO ARROYO, A QUIEN PERTENECEN
LAS FOTOGRAFÍAS Y GRABADO DE LA PORTADA.

INUBICALISTAS

WWW.EDICIONESINUBICALISTAS.CL
EDICIONESINUBICALISTAS@GMAIL.COM

